1038

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA BALANZA DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

LA BALANZA DE LA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 14 de Febrero de 1891.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES — ACTORES

PERSONAJES		ACTORES
HORTENSIA	Srta.	María Guerrero.
CARLOTA	Sra.	Amparo Guillén de Rivelles.
RAFAEL	Don	Ricardo Calvo.
BARÓN	»	José Pérez.
CRIADO 1.°	»	Enrique Paradas.
IDEM 2.°	»	Manuel Martínez Santos.
UNA DONCELLA que no habla		

La escena se supone en la época actual.—El primer acto, en Madrid: segundo y tercero, en Barcelona.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A la buena memoria del malogrado Rafael su hermano

Luis.

608625

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/labalanzadelavid00calv

ACTO PRIMERO

Gabinete lujosa y elegantemente amueblado; puerta al foro; dos á la derecha; balcón á la izquierda en primer término; en segundo un mueble con gran espejo; en el centro velador con periódicos.

ESCENA PRIMERA

HORTENSIA, CARLOTA y la DONCELLA. Las dos primeras se supone que vienen de la calle. Durante la primera parte de la escena, Hortensia y Carlota se despojan de sus sombreros y demás prendas de salir, al espejo, y auxiliadas por la Doncella que después se retira.

HORT. En lo dicho no hay engaño.
CARL. Pues la prensa lo traerá.
Me mueve á curiosidá
(Tomando un periódico del velador y buscando en él.)
un suceso tan extraño.
HORT. De extraño tiene bien poco:
el Conde, según se cuenta,
gastaba más de su renta
y jugaba como un loco.
Hace tiempo conocí
su posición indecisa.
CARL. ¿Notaste cómo en la misa

la gente se fijó en tí?
HORT. Quizás me juzgan causante
de esa muerte; comprendido.
CARL. Y sin embargo, has tenido
consideración bastante,
por no aumentar su quebranto,
para dominar tu gusto
y admitir sólo lo justo.
HORT. ¡Qué quieres! ¡Se miente tanto!
CARL. Aquí está.
(Hallando en el periódico la noticia que buscaba.)
HORT. ¿Ves cómo es cierto?
CARL. Este no omite detalle. (Por el periódico.)
En su coche, y en la calle
(Como repasando la noticia.)
y efectivamente, muerto.
HORT. ¡Pobre Conde! (Con indiferencia)
CARL. (Leyendo.) De su herida...
HORT. Mira, no nos molestemos;
(Interrumpiendo la lectura con disgusto.)
conque de su muerte hablemos
no ha de volver á la vida.
CARL. Dices bien. (Dejando el periódico.)
HORT. Estoy nerviosa.
CARL. ¿Le quisiste? (Interpretando su actitud.)
HORT. (Con desprecio.) Necia eres.
CARL. ¿Por qué necia?
HORT. Porque quieres
que te responda una cosa
que conoces de mil modos,
y he dicho en toda ocasión:
no sé lo que es corazón.
CARL. ¿Para el Conde ó para todos? (Con malicia.)
HORT. Tu pregunta me sorprende.
CARL. Sin embargo, la repito.
HORT. El sentimiento exquisito
(Exaltándose poco á poco.)
que por amor se comprende;
sueños que el alma arrebatan
en éxtasis oportuno,
¿lo merece acaso alguno
de los necios que nos tratan?

¡Oh! no profanes, no nombres
esa gala peregrina,
ni me juzgues tan mezquina
que pueda amar á esos hombres.—
Sólo me inspira desprecio
la condición de esa gente
que abre á amor cuenta corriente.—
El amor no tiene precio.
¿Qué miras?
(Sorprendida de la atención conque Carlota la observa.)

CARL. (Con malicia.) Me pone alerta
tu semblante conmovido.

HORT. Será un recuerdo dormido,
(Con aparente indiferencia.)
que á lo mejor se despierta.
No hablemos de esto. (Con disgusto.)

CARL. ¿Por qué?

HORT. Porque son cosas pasadas.

CARL. Pasadas y reservadas. (Con intención.)

HORT. Reservadas. (Corroborando.)

CARL. Por mi fé,
que siempre en tu rostro serio
adiviné una afición.
Y pues llegó la ocasión (Con resolución.)
de conocer el misterio,
rabiando estoy por oirlo.
Empieza, pues. (Con mucha curiosidad.)

HORT. (Negándose.) Fuera agravio,
que hoy lo manchara mi labio (Con pena.)
tan sólo con referirlo.

CARL. No te entiendo... (Con sorpresa.)

HORT. (Con disgusto.) Y basta ya.

CARL. ¿Me lo cuentas?

HORT. (Con sorpresa, negándose.)
¿Estás loca?

CARL. No insisto. Cierro la boca.
(Con fingida resignación.)
Ello sólo se dirá.

HORT. Difícil es.

CARL. (Después de una pausa, con intención.)
¿Y el Barón?

HORT. Su constancia me divierte. (Con indiferencia.)
CARL. Él gana con esa muerte.
(Por la que ha leído.)
HORT. La ley de compensación.
Pronto le verás venir
á continuar el bloqueo.
CARL. Aunque le impulse el deseo,
algo habrá de diferir
el hombre sus pretensiones...
por ser amigos lo digo.
(Por el Conde y el Barón.)
HORT. Pues por eso; el buen amigo
es para las ocasiones.
CARL. ¿Y no te parece justo,
(Después de una breve pausa.)
y hasta caso de conciencia,
que cese su penitencia,
y tras de tanto disgusto
como ha sufrido por tí,
logre el bien porque suspira?
HORT. ¿Te interesa acaso? (Con malicia.)
CARL. (Con mucho interés.) Mira
que nunca hombre conocí
más tenáz ni más amánte.
HORT. ¿Amante? (Con incredulidad.)
CARL. (Afirmando.) Se me figura,
porque el galanteo dura.
HORT. Tiene vanidad bastante,
eso sí.
CARL. Y es hombre serio.
HORT. Yo le juzgo de otro modo:
quiere ser primero en todo;
ahí tienes todo el misterio.
CARL. Mas tu aversión es tenáz (Con disgusto.)
y hace inútil ó ilusoria
su esperanza.
HORT. Hay en mi historia,
en la época en que incapáz
para conocer el mundo
la mentira nos engaña,
otra vida tan extraña,
un período tan fecundo

en ilusiones... en penas,
que esto son sin duda alguna,
pero que dejan en una
tal género de cadenas,
que ni el cambio de costumbre,
ni la reflexión con calma,
ni haber borrado en el alma
aun las huellas de su lumbre,
puede de inocencias tales
destruir las impresiones,
que se rompen las prisiones;
(En el sentido de esposas ó cadenas.)
pero quedan las señales.

CARL. ¿Y bien? (Sin entender.)
HORT. El Barón es hombre
muy extraño en mi opinión.
CARL. ¿Extraño?
HORT. Ni es tal Barón
ni aun usa su propio nombre.
Él está del todo ageno
á que yo sé... mas resulta,
que cuando su nombre oculta,
no será por nada bueno.
CARL. ¿Y qué te importa?
HORT. Es verdad.
CARL. Te pretende y te conviene.
HORT. Y hay quien ni derecho tiene
para tratar de bondad.
CARL. ¡Bondad! ¡Bondad! (Con tono de burla.)
HORT. Yo soy justa.
CARL. Pues sigue en esa creencia.
(Con indiferencia.)
HORT. Aunque no tengo conciencia,
en todo el mundo me gusta.
CRIA. 1.° El señor Barón... (Anunciando.)
HORT. (Á Carlota.) ¿Lo ves?
¡Qué poco se hizo esperar!
CARL. Díle que puede pasar. (Al criado.)
Es decir... (Como consultando con Hortensia.)
HORT. Que pase, pues. (Vase el Criado.)
CARL. Y sé con él tolerante (Con solicitud.)
y cese en bien el asedio.

HORT. No va á haber otro remedio.
(Con resignación.)
CARL. Señor Barón, adelante.
(Al Barón que aparece.)

ESCENA II

DICHAS y el BARÓN

BARON. ¿Solas?
CARL. Y hablando hace poco
de usted.
BARON. Si fué para bueno,
no es poca fortuna. Hortensia...
(Saludando.)
HORT. Señor Barón... (Contestando al saludo.)
CARL. (Ofreciéndole una silla.) Tome asiento.
BARON. ¿Se sabe ya la noticia? (Después de sentarse.)
CARL. La supimos en paseo.
Luégo el periódico... Digo,
si alude usted al suceso
de ayer mañana: á la muerte
del Conde de...
BARON. Por supuesto.
Ese ha resuelto el problema.
(Después de una ligera pausa.)
HORT. Puede ser. (Con tristeza.)
CARL. Dicen que el juego...
BARON. Es posible. Su fortuna
no llegaba, ni por pienso,
á ser tal fortuna. El hombre
se dió á gastar con exceso;
quiso echarla de Tenorio,
no supo tantos enredos
deshacer, y ha liquidado
sus cuentas con el infierno.
HORT. No hable usted de sus amigos
(Con acento de cariñosa reconvención.)
de ese modo.
BARON. Como creo
que no hay en la tierra un hombre

que merezca ese concepto
de amigo...

HORT. (*Con intención.*) ¿Ni usted tampoco?

BARON. Yo tampoco. (*Con prontitud.*)

HORT. (*Celebrando la ocurrencia.*) Alabo el genio.

BARON. Esto lo he pensado siempre
desde muy mozo y lo tengo
como práctica en la vida.
Donde existe un hombre, veo,
sea quien fuere, un adversario
si con mis planes molesto
los suyos; si aspiraciones
ó iguales gustos tenemos.
El tal Conde es una prueba
que puede servir de ejemplo.

HORT. ¿El Conde? (*Con fingida ignorancia.*)

BARON. (*Contrariado.*) Hágase la niña
ignorante. Pero el juego
tiempo es ya de que termine;
y si pudo de pretexto
servir aquel compromiso,
pues la muerte lo ha deshecho,
y es de creer no haya otro
motivo de impedimento,
hágame el favor, Hortensia,
de evitarme por completo
el bochorno que me causa
la burla de todos esos
que se dicen mis amigos,
al verme por tanto tiempo
codiciando una hermosura
y vencido en el empeño
por un hombre menos rico,
menos galante y más viejo.

HORT. ¿Una hermosura?... (*Fingiendo no entender.*)

BARON. (*Contrariado.*) Si acude
como es uso al coqueteo,
juro que dejo esta casa
por siempre jamás.
(*Levantándose como para marcharse.*)

CARL. (*Deteniéndolo.*) ¡Eh! Quieto.
Quien pudo aguardar dos años,

¿no ha de esperar un momento?

BARON. ¿Un momento? (Con gran interés.)

CARL. (Por Hortensia.) Se decide.

BARON. Eso es otra cosa; bueno. (Con satisfacción.)
Pero ella calla. (Con desconfianza.)
(A Hortensia) Carlota,
no sé si con fundamento,
aviva mis esperanzas.
Deje, pues, ese silencio,
y dígame si por orden
de usted, como yo deseo,
me dió esas noticias.

HORT. Nunca
necesité mensajero,
señor Barón; de manera
que á su dicho no me atengo,
y el asunto desconozco,
aunque de su mucho afecto (Por Carlota.)
hacia mí, casi aseguro
que no me mezcle en empeños
inconvenientes.

BARON. Lo mismo
presumo yo, y aun por esto
dí crédito á sus palabras; (Por Carlota.)
pues fueran ofrecimientos
abusivos, no contando
con usted.

HORT. Pero ¿qué es ello?

BARON. No finja que desconoce
lo ocurrido.

HORT. Yo no miento,
(Con acento de dulce reproche.)
señor Barón.

BARON. (Excusándose.) Ni yo dije...
Ruego á usted, Hortensia...

HORT. Creo
que al hablar usté y Carlota
ha de ser de mí. ¿No es cierto?
Esa es añeja costumbre.
Si usted habla, es de su empeño,
de mis desdenes, de cómo
se le mira con desprecio

en los círculos de amigos
por sus inútiles ruegos.
Si ella responde, seguro
que infunde en usted alientos,
y le procura esperanzas
y le dedica consejos.
Mas lo que es estas noticias
postreras, que son objeto
de conversación ahora,
la verdad, no las acierto,
y por eso preguntaba.
¿No quiere decirlas? Bueno. (Con indiferencia.)

BARON. Hortensia, yo no he rehusado..,

HORT. Si no me interesan.

BARON. Eso
no es del todo razonable;
no me excuso ni me niego,
y para que se convenza
le diré...

HORT. No tengo empeño.

BARON. Lo que me dijo Carlota: (Continuando.)
y fué afirmar que, en efecto,.
para que usted se decida
á pensar que yo merezco,
por mi constancia siquiera,
que no por otros conceptos,
ser de usted correspondido,
faltaba muy poco tiempo.

HORT. Y fué avanzar demasiado.

BARON. Pues diga usted...

HORT. (Excusándose.) Ya hablaremos.

BARON. Yo le suplico... (Insistiendo.)

HORT. (Evitando la conversación.) ¿Esta noche,
va usted al Real?

BARON. Si tengo
ocasión, porque usté asista,
de ver á usted, desde luego.

HORT No pienso salir de casa;
me encuentro mal: el suceso...
el pobre Conde... Aseguro
que estoy tan nerviosa...

BARON. (Por lo que dice Hortensia.) ¿Esto

quiere decir que desea
estar sola? Porque dejo
la visita. (Como para retirarse.)

HORT. No, no es nada.

BARON. Sin embargo, yo no puedo
tolerar que se moleste
por cumplir...

HORT. Se lo agradezco;
pero el mal no es de cuidado.

BARON. Con descanso desde luego.
(Saluda, va á salir y vuelve.)
¿Mas dejará que me marche,
ingrata, con el deseo
de saber lo que decide
respecto de...?

HORT. ¿Ya volvemos?...

BARON. Y volveremos cien veces,
(Con algún disgusto.)
porque esto parece un juego,
que, la verdad, no me gusta.

HORT. ¿Y acaso yo le entretengo?
(Con mucha naturalidad.)
Usted habla, usted pretende;
yo escucho; si en esto ofendo,
me guardaré de causarle
más molestia, y sus secretos
revelará usté á Carlota
cuando nos visite, puesto
que yo para no agraviarle
saldré de casa con tiempo.

BARON. Si se pone de ese modo... (Arrepentido.)

HORT. Como he visto á usted tan serio...

BARON. Perdóneme usted, Hortensia,
pero es que en ciertos momentos... (Pausa.)
¿Tiene tertulia esta noche?

HORT. ¿Y por qué no?

BARON. Si merezco
su permiso...

HORT. ¿Usted no sabe
que por amigo le tengo,
y que usted honra esta casa
con su presencia?

BARON. (Despidiéndose.) Agradezco...
¡Ah! ¡por vida! ¡qué memoria!
HORT. ¿Qué?
BARON. Que traía otro objeto
al visitarle, y me iba
sin entregar... (Dándole un estuche)
HORT. (Con agradecimiento.) ¡Oh! ¿Qué es esto?
Gracias mil.
BARON. Vale muy poco
para adornar ese cuello. (Saludando.)
Carlota... (Despidiéndose.)
En usted confío. (Ap. á Carlota.)
CARL. Yo le aseguro... (Idem al Barón.)
BARON. ¿Es un hecho?
CARL. No hay que temer.
BARON. Sin embargo,
al cuidado de usted dejo,
por si acaso, que si ocurre
algo que afecte al objeto
que perseguimos, ya sea
el caso grande ó pequeño,
me avise usted por escrito
y en el acto.
CARL. En ello quedo.
BARON. Adiós, Hortensia. Carlota...
(Alto, despidiéndose.)
Lo dicho; con usted cuento.
(Aparte á Carlota. Vase.)

ESCENA III

HORTENSIA y CARLOTA

HORT. ¡Qué necio! (Con desprecio, por el Barón.)
CARL. La simpatía
que el buen Barón de tí goce...
HORT. Dices bien; se me conoce.
Y toda mi sangre fría
no basta... viéndolo estás,
para ocultar que ese necio...
Todos me inspiran desprecio;

pero éste me inspira más.
Porque sobre las fatales
circunstancias que concurren
en los necios que me aburren,
hay en éste otras señales
que de completo perdido
le acusan.

CARL. (Con ironía.) ¡Qué impedimento!

HORT. Ya te dije hace un momento
que su nombre y su apellido
oculta con tal tesón,
que tiene al mundo engañado,
y que además ha usurpado
el título de Barón.
Acaso será manía;
pero á pensar mal induce,
y por ello me produce
esta extraña antipatía.

CARL. Es que maniática eres.

HORT. ¿No es natural mi aversión?

CARL. ¿No dices que la pasión
que sienten otras mujeres
vedada está para tí?

HORT. Y ello es tal como lo digo.

CARL. Pues si reñido contigo
está ese cariño, así
debe por iguales modos
estarlo el odio, es corriente:
este Barón pretendiente
es un hombre como todos.

HORT. No obstante...

CARL. (Con acento persuasivo.) ¿Serás capáz
de dar tu oferta al olvido?
Ve que casi has consentido.

HORT. Está bien. Déjame en paz. (Con disgusto.)
Me ha puesto de mal humor
su lenguaje sin substancia.
Las *Páginas de la infancia,*
á pesar de su candor,
tienen mayor interés.

CARL. Es que estás... (Con acento de reconvención.)

HORT. Fuera de mí.

Lo conozco.

CARL. ¿Por qué así?
Si consecuencia no es
del desatino del Conde...

HORT. ¿Aún das en esas quimeras?

CARL. Pues tu dirás lo que quieras;
¿pero cuándo ni por dónde
estuviste como hoy?
¿Qué te pudo suceder?

HORT. No lo acierto á comprender.
La situación en que estoy
y con la que mal me avengo,
en vano aclarar procuro;
es decir, que te aseguro
que yo no sé lo que tengo.
Miro con honda tristeza
la vida, y en un momento
se trueca mi desaliento
con misteriosa viveza,
en un resto de ilusión
que aumenta mi incertidumbre.
Siento en la cabeza lumbre
y hielo en el corazón.
Si distraerme pudieras...

CARL. Pero desígname el modo.

HORT. Ha de ser inútil todo;
conque del modo que quieras.

CARL. ¿Apeteces la lectura?

HORT. Desde luego, si no es cosa
de que me sirvas en prosa
alguna triste aventura
de esas que los noticieros
dan á la publicidad
diariamente: la verdad,
no estoy para hacer pucheros.

CARL. Tiene tan poco interés (Ojeando el periódico.)
cuanto dice, que en conciencia...

HORT. ¿Y qué remedio? Paciencia. (Resignándose.)

CARL. ¡Calle! ¿Qué es esto?
(Por algo que lee en el periódico.)

HORT. ¿Qué es?

CARL. No es cosa que para tí

sea distracción; mas me extraña.
Uno que regresa á España.

HORT. ¿Le conoces?

CARL Mucho.

HORT. ¿Sí?
Pues ya encontraste manera
de que mejore mi estado;
que en el tono conque has dado
la noticia, ve cualquiera
algo como interesante
para tí; conque hay razón
para prestar atención.

CARL. No tiene interés bastante.
Siempre he sido una aturdida;
mas dije en broma:—te quiero,—
y dí con un majadero
por vez primera en mi vida.

HORT. ¿Fué esquivo el galán acaso?
¿Te desdeñó? ¡Cosa rara!

CARL. Dejemos... (Con disgusto.)

HORT. Sí, que tu cara
va tomando paso á paso
un aspecto que por Dios
no conviene á tu deseo:
estaba yo triste y creo
que ahora lo estamos las dos.

CARL. Á mí no me da tan fuerte.

HORT. Pero circunstancia es
que acompaña al interés
y más la pena divierte,
lo que aun dicho de antemano
que no es asunto importante,
no se aclara lo bastante.
(Contrariedad en Carlota.)
No te inquietes, no me afano (Con prontitud.)
por saber ni persuadir
cuando el recuerdo te inflama.
Mas lo que es cómo se llama
(Con alegre decisión.)
me lo tienes que decir.

CARL. ¡Qué capricho! (Con indiferencia.)

HORT. Ese cruel

que así de tu amor abusa,
¿qué nombre de pila usa?

CARL. Pues se llama Rafael.

HORT. ¡Rafael! (Con sorpresa y amargura.)

CARL. Fué una torpeza...
un error... Mas ¿qué te ha dado
(Reparando en la actitud de Hortensia.)
que en tu semplante ha aumentado
la expresión de la tristeza?

HORT. No es nada. (Disimulando torpemente.)

CARL. (Con prontitud.) Sé lo que es.

HORT. ¡Extraña adivinación! (Con sorpresa y duda.)

CARL. Esa violenta afición
que ocultas con interés,
¿quién la ha de haber producido
sino un amante secreto?
El nombre de ese sujeto
es el nombre que has oído.
¿Acierto?

HORT. Pudiera ser.

CARL. En ese caso, hija mía,
de tu amante desconfía.

HORT. Sólo el nombre, á mi entender,
recelo alguno no añade.

CARL. Verdad; los habrá muy fieles:
no todos los Rafaeles
son Rafaeles de Andrade.

HORT. ¡Andrade! (Con mucha sorpresa é inquietud.)

CARL Es el apellido
de ese necio vagabundo.

HORT. ¿Y viene? (Con angustia.)

CARL. Del otro mundo;
de América.

HORT. (Con abatimiento.) ¡Qué he sentido! (Aparte.)

CARL. Hombre no he visto peor
en los días de mi vida.
Su familia es conocida;
más lo que es él...

HORT. (Suplicando.) ¡Por favor!

CARL. De tal manera la ultraja,
(Sin reparar en la actitud de Hortensia.)
que avergonzada se siente;

de tenerle por pariente.
¡En verdad que es una alhaja!...
Si hoy en presidio no está,
lo debe á su buen destino;
pero ya estuvo en camino:
¡un proceso!...

HORT. (Con violencia.) Calla ya.
CARL. ¿Pues qué ocurre? (Con sorpresa.)
HORT. (Con aturdimiento.) ¡Yo estoy loca!
CARL. ¿Á qué viene esa emoción? (Sin comprender.)
HORT. ¡Antes tanta comprensión (Con ironía.)
y en este instante tan poca!
CARL. ¡Ah! ¡que es él! (Adivinando con gran sorpresa.)
HORT. (Con ironía.) ¡Qué lista eres!
¡No ví mayor perspicacia!
CARL. ¡Pero Hortensia!...
(Aturdida como pidiendo explicación.)
HORT. Hazme la gracia,
si tienes otros quehaceres,
de dejarme.
CARL. Como quieras.
HORT. Te lo suplico.
CARL. Corriente.
(Dirigiéndose á la puerta.)
HORT. ¡Oh! ¡qué molesta la gente
cuando se sufre de veras!
CARL. Aun temiendo tu reproche (Volviendo.)
he de interrogarte...
HORT. ¿Qué?
CARL. Esta noche... (Recordándole.)
HORT. Ya lo sé:
no habrá tertulia esta noche. (Con decisión.)
CARL. Repara...
HORT. (Contrariada.) ¡Qué obstinación!
CARL. Es que mi empeño consiste
en que al Barón ofreciste...
HORT. No me hables más del Barón. (Con firmeza.)
CARL. ¡Y él se está con esa calma! (Aparte.)
Hay que avisarle en seguida. (Vase.)
HORT. ¡Juzgué cerrada la herida,
(Con gran amargura.)
y llevo el hierro en el alma!

ESCENA IV

HORTENSIA

¿Conocería quizás
mi pasado y con malicia?...
¡Ah! ¡no! ¡cierta es la noticia!
(Buscando en el periódico.)
¡Aquí lo dice! ¡Aquí está!
¿Y qué? Recobro la calma. (Tranquilizándose.)
Ya no hay en mí pena alguna:
yo he matado una por una
las ilusiones del alma,
y llegado hasta afirmar
que son absurdos, quimeras.
Tú me dirás lo que quieras; (Por el corazón.)
pero es preciso olvidar.
Descanse en paz Rafael. (Con resolución.)
Es que lo supe de un modo...
(Intentando justificar el efecto que le produjo la noticia.)
Pero ya lo olvidé todo,
(Afectándose poco á poco.)
todo... todo... menos él. (Con gran amargura.)
¿Á qué intento combatir
contra lo que el alma siente?
No es posible; no se miente;
no hay manera de mentir.
Y bien. ¿Me hallará? No creo.
(Tranquilizándose.)
Al menos puede calmarse
mi inquietud: para encontrarse
no basta con el deseo.
No, ni llegará á saber
el oprobio de mi vida.
Despierta, que estás dormida; (Á sí misma.)
tu sueño no puede ser;
lo contrario es la verdá;
por ella mentiras tomo:

no sé por qué, no sé cómo; (Con arrebato.)
pero de fijo vendrá.
Mas si olvidado se hubiera (Con esperanza.)
de aquella tenáz porfía...
¿Por qué no? ¡Sueños de un día!
Quizás otra compañera
eligió más de su agrado,
y hoy es felíz sin que quede. ..
¡Oh! no es posible, no puede,
(Con violencia y convicción)
no puede haberse casado.
Ni en la muerte concediera
(Con más violencia.)
libertad á su albedrío:
no le quiero para mío;
pero quiero que me quiera. (Pausa.)
Este combate tenáz (Con angustia.)
me va quitando el aliento.
Así. (Abriendo el balcón.) Parece que siento
volver al alma la paz.
Ya casi me encuentro bien.
¡Mas qué pueden los antojos!
(Mirando á la calle.)
Por donde miran mis ojos
me figuro que le ven.
Ilusión que la distancia
ocasionó. ¡No! ¡locura! (Con espanto.)
que yo veo su figura,
y su rostro y su elegancia.
¡No es ilusión! ¡Es él! ¡Ah!
(Con mucho arrebato.)
Tras mi pensamiento vino:
él le ha enseñado el camino,
y aquí llega, y aquí está.
¡Rafael! ¡Él á mi lado!
(Con amante desasosiego.)
¡Muy pronto van á anunciarle!
¡Lo que diera por mirarle (Con amargura.)
con los ojos del pasado!
¡Por poner de manifiesto
la inocencia que pretende!
Pero si todo me vende: (Muy contrariada.)

este traje (Por el que lleva.)
y ese gesto. (Viéndose al espejo.)
¡Que tan pronto aquí estampase
(Por su cara.)
su ruín malicia Luzbel!

CRIA. 1.º El señor don Rafael... (Anunciando.)

HORT. Sí, sí; que pase; que pase.
(Interrumpiéndole con viveza.)
¡Oh! ¡No! Que espere un momento.
(Deteniéndole.)
¡Va á verme! (Entre alegría y temor.)
(Al criado.) Que espere aquí.
(Vase el criado.)
¡Ay! ¡Que no sienta por mí
la vergüenza que yo siento! (Vase.)

ESCENA V

RAFAEL y CRIADO 1.º

CRIA. 1.º Pase el señor. (Vase.)

RAFAEL. Por mi vida
que la casa me sorprende.
Este cambio inesperado
me contraría y me tiene
receloso. Quizá Hortensia (Con tristeza.)
dió en su corazón albergue
á otro cariño; y ya esposa,
á su matrimonio debe,
por su bien, el resultado
de esta fortuna aparente.
Todo es posible; mas esto
(Con amarga resolución.)
decidiera de mi suerte.
¡Oh, no! Me hubiera negado
la visita. ¿Y quién se atreve
(Volviendo á sus dudas.)
á predecir soluciones
que de la mujer dependen?

ESCENA VI

RAFAEL y CARLOTA

CARL. Pronto el Barón, avisado, (Sin ver á Rafael.)
llegará. ¿Quién es? (Viendo á Rafael.)
RAFAEL. (Ap. volviéndose hacia ella.) ¿Quién viene?
CARL. ¡Rafael! (Aparte, con sorpresa.)
¡Si el Barón llega (Contrariada.)
y se encuentra aquí con éste!
¿Á quién busca? (Alto á Rafael.)
RAFAEL. (Contrariado.) Yo, señora,
pregunté... pero parece
que una confusión extraña
fué causa de que me encuentre
en este sitio. Sin duda
no es la casa... (Saludando para retirarse.)
CARL. (Aparte.) Si se fuese...
Pero Hortensia ya avisada
debe estar, y...
RAFAEL. (Queriendo reconocer á Carlota.) ¡Me sorprende!
Yo recuerdo...
CARL. No es extraño:
yo á usted también. Pero puede
que el ser obscura la sala,
ó que mi rostro envejece,
ó que recuerdos ingratos (Con intención.)
se disipan fácilmente...
RAFAEL. ¿Ingratos? ¡Yo no comprendo!...
CARL. Pues avance un poco, llegue,
(Obedece Rafael.)
y aunque es algo olvidadizo...
RAFAEL. ¡Qué demonio! ¡Lo que tiene
(Riendo al reconocer á Carlota.)
más presente la memoria
es lo que se olvida á veces!
¡Carlota!
CARL. La misma.
RAFAEL. (Como no entendiendo su torpeza.) ¡Vaya
que la distracción!...
CARL. ¿Y vienes?...

RAFAEL. Equivocado sin duda...
y por Dios no es ofenderte,
que esta visita me agrada;
pero la verdad, se debe
á un error que no me explico.
Tu criado...

CARL. ¿No pretendes
ver á Hortensia?

RAFAEL. ¿La conoces?
¡Qué es esto! (Con gran sorpresa.)

CARL. Perfectamente.
Vive conmigo.

RAFAEL. ¡Imposible!

CARL. ¿Qué es lo que su rostro tiene
(Aparte sorprendida.)
de sorpresa y aun de enojo?
¡Oh! ¡Ya comprendo!

RAFAEL. (Aparte por Carlota.) ¿Es que quiere
martirizarme?

CARL. (Despidiéndose.) Perdona,
nada entiendo y verla puedes;
conque adiós, que me retiro.

RAFAEL. Oye. (Deteniéndola.)

CARL. (Aparte.) Si me compromete
con sus preguntas... Ignoro
todavía á qué atenerme.

RAFAEL. Carlota, yo no te puedo (Muy aturdido.)
decir lo que me sucede.
¿Tú tratas á Hortensia?

CARL. (Fingiendo disgusto.) Mira
que tu actitud me sorprende.
¿Tiene algo de extraño acaso?

RAFAEL. Para mí de extraño tiene.
(Con mucho disgusto.)

CARL. No me engañé. Por fortuna (Aparte.)
pude á tiempo detenerme.

RAFAEL. Responde.

CARL. Si te interesa
enterarte, aquí la tienes.

ESCENA VII

DICHOS y HORTENSIA, *modestamente vestida.*

RAFAEL. ¡Hortensia! (*Con gran asombro al verla.*)
HORT. (*Con temor, aparte á Carlota.*)
¡Carlota!...
RAFAEL. (*No pudiendo entender.*) ¿Pero?...
HORT ¿Qué has dicho? (*Aparte á Carlota.*)
CARL. (*Aparte á Hortensia.*) Nada que deje
en él ni remota idea
de lo que no te conviene.
HORT. ¿Es que comprendiste?...
CARL. Todo.
HORT. Gracias, Carlota; ahora, vete.
CARL. Al balcón. Si el Barón llega, (*Aparte.*)
podré impedirle que entre. (*Vase.*)

ESCENA VIII

HORTENSIA y RAFAEL

RAFAEL. ¿No es una torpe apariencia
(*Sin poder salir de su asombro.*)
lo que mi vista declara?
HORT. ¡Mentira; presta á mi cara (*Aparte.*)
la expresión de la inocencia!
¡Rafael! (*Alto á Rafael y muy conmovida.*)
RAFAEL. (*Con firmeza.*) Quiero saber
antes de hablar, y es preciso,
qué amistad ó compromiso
te une con esa mujer. (*Por Carlota.*)
HORT. ¿Qué mujer? ¿Carlota? (*Fingiendo ignorancia.*)
RAFAEL. Sí.
HORT ¿Por qué te muestras airado?
¿Sientes que me halle á su lado?
RAFAEL. Lo siento.
HORT. ¿Por qué?
RAFAEL. Por tí.

HORT. No te entiendo.
RAFAEL. Pues me extraña,
porque ella lo dice á voces.
¿De qué á esa mujer conoces,
ni por qué aquí te acompaña,
ni cómo el pudor transige
con el ruín libertinaje?
HORT. Advierte... (Como ofendida.)
RAFAEL. (Con firmeza.) Será un ultraje;
pero, Hortensia, ya lo dije.
HORT. Aunque sé lo que tu labio
significa, porque esto
se lee en tu rostro, en tu gesto,
el motivo del agravio
á mi razón se recata,
y no entiendo qué lo abona.
RAFAEL. Bien, soy un loco, perdona;
mas dime por qué te trata. (Con impaciencia.)
HORT. No sé si debo acceder;
(Con aparente resentimiento.)
que has estado torpe ó necio.
RAFAEL. Tú no sabes el desprecio
(Como para justificarse.)
que me inspira esa mujer.
Tú no sabes... Mas por Dios
(Con mucha impaciencia.)
habla, que el lance me tiene
sin sosiego. ¿De qué viene
esta amistad de las dos?
HORT. ¿De qué?... Pues de un beneficio
(Fingiendo con torpeza.)
que no sé cómo pagar.
Me amparó. ¿Cómo olvidar
su sincero sacrificio
cuando huérfana quedé?
Ya ves qué acción meritoria.
RAFAEL. Está bien; pero esa historia
de ampararte y el por qué,
y el cómo estas relaciones
surgieron, que no barrunto,
cuéntame punto por punto,
sin reservas ni omisiones;

del modo que significo,
sin enmiendas, sin engaño,
porque todo es tan extraño,
que nada de esto me explico.

HORT. ¿Qué le diré? (Aparte con angustiosa inquietud.)
Conocía
(A un movimiento de Rafael para que hable.)
á mi madre.

RAFAEL. ¿Por qué modo?

HORT. ¿También interesa? (Fingiendo sorpresa.)

RAFAEL. Todo.

HORT. Porque en mi casa vivía.
Ella en el cuarto de al lado...
y nosotras...

RAFAEL. Adelante.

HORT. Y en ese trato constante
de vecinos... El estado
de su esposo... enfermo, y triste
y sin recursos también ..

RAFAEL. ¿Pero el esposo de quién? (Con asombro.)

HORT. De Carlota. ¿No lo oiste?

RAFAEL. ¿Carlota casada? (Con más asombro.)

HORT. (Con naturalidad.) Sí.

RAFAEL. Sigue.

HORT. Pues su situación...
Ya sabes el corazón
de la madre que perdí.
Sirvióle nuestra escaséz
para remedio algún día...
y por eso me quería
De penas y de vejéz
murió mi madre. Es decir,
sin auxilio me dejaba.
Carlota, aunque no contaba
con recursos, á vivir
me obligó en su compañía,
y... (esto siempre lo he creído
un milagro) su marido,
que aunque talento tenía
luchaba sin suerte alguna;
á poco triunfó de todo,
y no entiendo por qué modo

consiguió hacer la fortuna
que á su viuda sostiene
con este aparato y brillo.
Ya ves si el caso es sencillo
y cómo á explicarse viene
lo que la atención te llama
y te obligó á discurrir.
¡Ay! ¡lo que cuesta mentir
(Aparte con mucha amargura.)
si se miente á quien se ama!
¿Te enoja?
(A un movimiento de disgusto que hace Rafael.)
RAFAEL. Me encolerizo,
porque esa amistad desdora.
Tu madre... aquella señora
no supo lo que se hizo,
y su cautela esta vez
rindióse á ruínes engaños.
Dicen que algo dan los años
y no dan más que vejéz.
HORT. ¿La ofendes? (Con acento de reconvención.)
RAFAEL. ¡Ah! ¡no! perdón;
en verdad era una santa.
Bien mirado, no fué tanta
su inocente obcecación.
Carlota casada, el sello
puso á su antiguo cinismo.
¿Qué iba á hacer ella? Yo mismo
he de transigir con ello
dejando esa compañía,
aunque el plazo será corto
¿Pero tan poco te importo
(Después de una pausa y con acento de cariñosa reconvención.)
que no te causo alegría
y ni el interés obtengo,
quizás porque nada valgo
de que me interrogues algo
del motivo por qué vengo?
HORT. Si la ocasión no consigo
ante ese lenguaje rudo.
RAFAEL. ¡Oh! Dices bien. (Con arrepentimiento.)

HORT. Tu saludo
(*Con acento de dulce reproche.*)
ha sido reñir conmigo.
RAFAEL. ¡Oh! perdón, perdón cien veces.
HORT. (*Con el mismo tono.*)
Por lo visto no has variado.
RAFAEL. Eso no: regenerado,
y presumo que con creces,
vuelvo, merced al influjo
de tu rostro peregrino.
Hortensia, aquel libertino
es hoy un fraile cartujo.
Y cuenta que sólo á tí
se debe; ten la evidencia,
pues si á solas la conciencia
minaba dentro de mí,
y con fuerza la razón
argüía, es la verdad,
que educado en la maldad,
triunfaba mi condición;
y hubiera sido ilusoria
esta lucha y todo en vano,
si no me ofreces tu mano
como premio de victoria.
Hoy ejerzo mi carrera;
soy abogado, y con fama
y por todos se me llama,
y España me considera.
De que de tu amor en pos
cumplí, no falta testigo;
ahora cumple tú conmigo
y hemos cumplido los dos.
¿Callas? Sin duda no acierto (*Contrariado.*)
á que creas... Es probado.
HORT. (*Tranquilizándolo.*)
No; ya supe que has cambiado.
Y hace muy poco por cierto. (*Con tristeza.*)
RAFAEL. ¿Supiste?... Entonces no cabe...
(*Con alegría.*)
Pero, díme. ¿Y por qué modo
llegó á tu noticia?
HORT. Todo

lo que interesa se sabe.
¿Cómo fué? No lo concibo,
ó á mi recuerdo se esconde.
¿Por quién, ó cómo ó por dónde
supiste tú dónde vivo?

RAFAEL. No; no me indujo el deseo,
ni una estrella misteriosa.
En mi hallazgo todo es prosa:
fué la central del Correo.
Mas dejemos esto y piensa
en cumplir lo prometido.
He luchado y he vencido,
y espero la recompensa.

HORT. No tan pronto. (Excusándose.)

RAFAEL. (Con sorpresa.) Pues es cosa
que me extraña. ¿A qué después,
si está todo mi interés
en tenerte por esposa?

HORT. ¡Tu esposa! (Con espanto.)

RAFAEL. (Con sorpresa.) ¿Te causa horror?

HORT. ¡Oh! No seas visionario, (Disimulando)
sino que esto es necesario
que se medite mejor.

RAFAEL. El único inconveniente (Concibiendo sospecha.)
que pusiste á mi deseo,
fueron mis vicios. No creo
que seas tan exigente
que sometas á experiencia
mi reforma y mi bondad.

HORT. Acaso.

RAFAEL. Dí la verdad,
y no te cause violencia.
¡Qué es lo que pasa por mí!
(Aparte con angustia.)
Dí; ¿tu recelo consiste (Alto.)
en que á otro correspondiste?
¿Hay alguien que mande en tí?
No mientas, ¿á qué negar?
Si te agrada y te conviene,
(Aparentando completa tranquilidad.)
bien mirado, esto no tiene
nada de particular.

Confiesa, pues, sin mentir;
no hay agravio ni hay ofensa.
(Va á hablar Hortensia.)
Pero antes de hablarme, piensa
(Deteniéndola con temor.)
lo que me vas á decir.
Ten en cuenta mis fatigas;
que tu palabra empeñaste;
(Va á hablar Hortensia.)
Hortensia, si me olvidaste,
vale más que no lo digas.
De sólo haberlo pensado
(Enfureciéndose poco á poco.)
con apariencia vehemente,
han surgido de repente
mis costumbres del pasado,
que me indican un sendero
de venganza; y sólo dudo
entre á quién primero acudo,
ó en dónde mato primero.

HORT. Yo no tengo á nadie amor.

RAFAEL. Sin embargo, puede ser
no amar y corresponder,
y para el caso es peor.

HORT. Tampoco es eso.

RAFAEL. (Con alegría.) ¿Tampoco?
Entonces alza la frente, (Convencido.)
y mírame sonriente
para que me vuelva loco.
Nada te cause disgusto;
manda, que estoy á tus piés.
Cuanto quieras. ¿Tú no ves?
Ya se me ha pasado el susto.

ESCENA IX

DICHOS y CARLOTA

HORT. (Saliendo al encuentro de Carlota al verla sali precipitadamente.)
¿Qué ocurre? (Aparte.)

CARL. (Aparte á Hortensia.) Que el Barón llega
y ha penetrado en la casa.

HORT. Mas ¿cómo?... (Con mucho sobresalto.)

CARL. Voy en seguida
á detenerle.

RAFAEL. ¿Qué hablas? (Con sorpresa.)
Hortensia, ¿qué te sucede?

HORT. ¿A mí? No, no tengo nada.
(Con mucha turbación.)

RAFAEL. Esa no sé que te dijo (Por Carlota.)
y se transformó tu cara.
¿Quizá una mala noticia?

HORT. Nada de eso.

CARL. (Aparte.) ¡Qué desgracia!
¡Cómo avisarle!

CRIA. 1.º (Disponiéndose á anunciar.) Señora...

HORT. Para nadie estoy en casa.
(Con mucha precipitación.)

ESCENA X

DICHOS y el CRIADO 1.º

RAFAEL. ¿Quién era?
(Deteniendo al Criado que iba á retirarse.)
Perdona, Hortensia, (Disculpándose.)
si interrogo... ¿Quién aguarda? (Al Criado.)

CRIA. 1.º El señor Barón...

RAFAEL. (Con viveza.) Suspende;
con el título me basta.
¿Y por qué no le recibes?
(A Hortensia con recelo.)

HORT. Es visita que me cansa.
Hoy quiero estar todo el día
(Pretendiendo aparecer cariñosa.)
sola contigo.

RAFAEL. Si tratas
de hacer mi gusto, te ruego
como prueba ó como gracia,
que recibas á ese hombre.
¿Por qué dudas? ¿Qué te espanta?

HORT. Es un necio pretendiente
que me importuna; y si pasa
ha de ser para decirle
que no vuelva.

RAFAEL. (Aparte.) Se acabaran
de ese modo mis recelos.
Pues mejor, si de eso tratas. (Alto.)

HORT. Es tan violento... (Excusándose.)

RAFAEL. (Con resolución al Criado.) ¿Qué dudas?
Que pase el Barón. (Vase el Criado.)

ESCENA XI

HORTENSIA, RAFAEL y CARLOTA

HORT. (Intentando detenerle.) ¡Aguarda!
¡Va á entrar! (Con gran espanto.)
¡Detenle! (A Carlota.)
(Vacilando.) ¡Dios mío!

RAFAEL. ¡Qué es esto! (Corriendo á sostenerla.)

HORT. (Cayendo desfallecida en los brazos de Rafael.)
¡El aire me falta!

RAFAEL. ¡Hortensia! ¡Qué me sucede! (Aparte.)

CARL. No entrará. (Ap. saliendo á detener al Barón.)

RAFAEL. (Comprendiendo la intención de Carlota.)
¡Prisa excusada!
No dirá más ese hombre (Por el Barón.)
que este espanto, que esta cara...
(Por Hortensia.)
Olvidaste tus promesas; (A Hortensia.)
dudaste de mis palabras.
¡Mal haya el hombre que busca
en las mujeres constancia!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete distinto al del acto primero, y amueblado con elegancia. Puerta al foro, dos á la derecha y una á la izquierda en segundo término.

ESCENA PRIMERA

A la derecha, HORTENSIA, leyendo una carta; á la izquierda, CARLOTA

HORT. «Hortensia, no hallarás modo (Leyendo.)
»de librarte de mi empeño:
»ó llego á hacerme tu dueño,
»ó atropellaré por todo.
»La fortuna te abandona;
»vano ha salido tu ardid
»de abandonar á Madrid
»y venir á Bercelona,
»para evitar mi homenaje.
»¡Cuán inútiles desdenes!
»En Barcelona me tienes
»é hice contigo el viaje.
»A sufrir no me acomodo,
»y por ocultos arcanos
»tengo tu suerte en mis manos;
»estoy al tanto de todo.
»De que tu pecho se inflama

»con el amor de otro hombre;
»sé su casa, sé su nombre,
»que como un loco te ama;
»que en su necio frenesí
»rinde á tu *honor* vasallaje;
»que te siguió en tu viaje
»y hoy está viviendo aquí.
»En fin, que está en el engaño
»ese loco que te adora;
»y pues sé lo que él ignora
»ya ves si puedo hacer daño.
»Desecha, pues, la manía
»que labra tu perjuicio;
»no te pido un sacrificio,
»quiero tu amor sólo un día,
»y no he de volver á verte,
»ni á mis empeños galantes;
»tan amigos como antes;
»á vivir y buena suerte.
»Tu situación es funesta,
»yo paso en vago no doy.
»Pienso visitarte hoy
»para obtener tu respuesta
»conforme á mi petición,
»pues si no sucede así,
»dirá que sabe de tí
»tu buen amigo,—El Barón.»
Carlota, vano fué todo:
(Con desaliento. Hablado.)
el venir á esta ciudad
mudando de vecindad
y ocultándonos de modo
que no pudiera la gente,
en mal hora conocida,
contarle mi odiosa vida.
Llevo el estigma en la frente.

Carl. Modera esa turbación,
ó ella te habrá de perder.
¿Qué puedes aquí temer?

Hort. Nos ha seguido el Barón.
Mira. (Dándole la carta.)

Carl. (Después de leer.) Pone en un aprieto

su lenguaje decidido;
pero eso es solo rüido. (*Con tranquilidad.*)

HORT. No conoces al sujeto.

CARL. Ya sé que el hombre está loco,
y no ha de ceder un paso;
pero yo, puesta en tu caso,
no temiera por tan poco.

HORT. ¿Pues qué hicieras?

CARL. Ya saldría;
no lo dudes ni te asombres.
Para tratar con los hombres
se necesita osadía.
Tú por todo te quebrantas,
ó ves en todo un castigo.
La verdá, Hortensia, te digo
que pareces una santa.
¿Quién te conociera hoy?

HORT. ¿Te extraña? (*Con tristeza.*)

CARL. Mucho, querida.

HORT. Tú naciste en esta vida;
Yo no sé por qué lo estoy.
No lo acierto á comprender.
¡Cómo olvidé mis primeras
costumbres! ¡Si conocieras
toda mi vida de ayer!
Enseñanzas virtuosas,
bondad, pureza infinita...
Pero, ¿á qué me escuchas? ¡Quita!
(*A Carlota con prontitud.*)
¿Tú qué entiendes de estas cosas?
¿Qué sabes tú de candor,
si da tu rostro señales
de ignorar palabras tales?
Pues juzga de su valor:
él es tal, que yo te anuncio,
que hasta pierden su sentido
cuando llegan á tu oído,
ó cuando yo las pronuncio.

CARL. ¡Lástima grande, á fé mía,
(*Con algún disgusto.*)
que tu memoria olvidara,
sin que nadie te obligara

cosas de tanta valía.

HORT. Dices bien. Quizá el quebranto (Con pena.)
de una pasión imposible,
ó el ejemplo aborrecible
del hombre que quiero tanto.
El aislamiento después;
mi inexperiencia además;
el incentivo, quizás,
al ver el mundo á mis piés.
Gente vil, ajeno dolo...
¡Pero si no es nada de eso, (Con amargura.)
si yo propia lo confieso,
si esto es disculpa tan solo!
Quedóse abierto el recinto;
no ví guardas; miré afuera,
y libre salió la fiera
educada por su instinto.
Eso fué, sí. (Llorando.)

CARL. ¡Qué cruel
eres contigo!

HORT. No tanto
como merezco.

CARL. (Limpiándole las lágrimas.) ¿Más llanto?
¡Si te viera Rafael!

HORT. Anda triste, receloso.

CARL. Eso no, no digas eso;
ni aun hecho un hombre exprofeso
resulta más candoroso.
Es que se ha vuelto sencillo;
en esto no hay quien le iguale,
y la verdad, que más vale
por bien tuyo. Ni un chiquillo,
aun siendo muy inocente,
acepta como probada
la explicación inventada
de aquel violento accidente;
y él se quedó tan sereno.

HORT. El suceso no te asombre.

CARL. ¡Tanta inocencia en un hombre!...
(No entendiéndolo.)

HORT. Piensa que se encuentra ajeno
á esta torpe variación

que me aflije y me desdora;
que mi condición ignora,
y hallarás la explicación
de que recele, á lo más,
esas faltas inocentes;
mis delitos evidentes
no los creyera jamás.
Coqueteo que ocasiona
una esperanza, un pretexto;
esto se le dijo, y esto
fácilmente se perdona.

CARL. ¿Y el desmayo nada expresa?

HORT. Cualquier muchacha aturdida
piensa que le va la vida
en una falta como esa,
y se pone de tal modo,
que si el amante es violento,
pierde fuerzas, pierde aliento...

CARL. Y le da un síncope y todo.
(Con acento de burla.)

HORT. ¿Lo dudas?

CARL. (Escuchando) Oigo ruído.
Alguien que se acerca.

HORT. Él es.

CARL. No me parece... (Dudando.)

HORT. (Á Carlota al ver aparecer á Rafael.) ¿Lo ves?
Sin verte te he conocido. (Á Rafael.)

ESCENA II

DICHAS y RAFAEL

HORT. Siempre triste me recibes.
(Á Hortensia con disgusto.)
¿Qué motivo?

CARL. (Por Hortensia.) Que esta tonta,
pensando en cosas pasadas,
se aflije, suspira, llora
y no hay forma de que deje...

RAFAEL. Pues habrá pocas personas (Con intención.)
que tengan tantos motivos

de ventura. Eres hermosa,
disfrutas de la riqueza
de esta casa como propia.
Y en cuanto á amigos, los tienes
(Con más intención.)
que arriesgaran vida y honra
sin duda en tu beneficio.
Que yo en camino me ponga
sin descansar de un viaje
desde América hasta Europa,
porque según me dijiste,
cuando yo llegué, Carlota
estaba ya decidida
á venir á Barcelona
para no sé qué negocios,
poco vale ó nada importa.
Pero que un sér desdeñado
y á quien dices que tú propia
despediste de tu casa
en buena ó en mala forma,
por molesto, se aventure,
con insistencia pasmosa,
á sufrír nueva repulsa,
deje su casa y se ponga
en acechanza constante
como quien espera ó logra,
es rendimiento excesivo.

HORT. ¿Hablas del Barón? (Con temor y viveza.)

RAFAEL. (Con ironía.) Qué pronta
fuiste para comprenderlo.

HORT. Por las señas que pregonas (Con naturalidad.)
es fácil. ¿Tú le conoces? (Con sorpresa.)

RAFAEL. Hasta hace muy pocas horas
no le conocía; pero
le vi con cierta persona. (Con intención.)
Seguí sus pasos; pregunto
aquí cerca, en una fonda
en que él entró, y con efecto,
era él mismo y allí mora.

HORT. (Con temor.) Y díme: ¿acaso le hablaste?

RAFAEL. ¿Te importa mucho?

HORT. Me importa.

De tu carácter rebelde
(Procurando justificar su inquiotud.)
temo la violencia, y goza
el tal Barón una fama
de espadachín .. Tu persona
es para mí tan querida...

RAFAEL. Yo no le hablé; mas Carlota...
no sé si fué mensajera
ó lo hizo por cuenta propia;
pero el caso es que le hablaba
hace poco.

HORT. (Con disgusto.) Me incomodan
tus suposiciones.

RAFAEL. Eso
está en mí: salientes notas
de mi carácter de siempre.
Todo luz ó todo sombras.
Recelar y dominarse
es prudencia vergonzosa.
¿Temo una falta? la busco;
¿hay un peligro? se arrostra.
Ó el camino sin escollos,
ó todo breñas y rocas.
Nada de dichas á medias.
Vivir sufriendo me enoja.
Á la tierra ó á los cielos,
á la vida ó á la fosa.

CARL. Cierto; le encontré al acaso
y le hablé. No soy tan loca
que si me llama la gente
siga andando y no responda.

RAFAEL. Y haces bien. Mas la venida (Con disgusto.)
de ese necio. .

CARL. Pues me consta
que es casualidad tan solo.

RAFAEL. ¡Vaya por Dios! (Aparentando resignación.)

CARL. Y es ociosa
la desconfianza. ¿Cuándo
estamos un punto solas?
Nos haces la centinela
todo el día, á toda hora;
conque á no ser invisible

el ladrón, no te la roba.

HORT. No ha sido poca fortuna
que pudieras con nosotras
venir aquí. Si trajeses
ocupaciones forzosas
que residencia marcasen...

RAFAEL. Una traigo; pero ahora
he de arreglar otro asunto.

HORT. Nada dijiste...

RAFAEL. Una sola;
pero de mucha importancia.

HORT. Sentiría siendo cosa
que tanto interesa...

RAFAEL. Debo
encontrar á una persona
y ponerla á buen recaudo.
Un estafador de monta;
un tal Enrique de Orduña
que en Madrid sin duda mora,
y que en América hizo
una estafa escandalosa
que ha sumido en la miseria
á una familia.

HORT. ¡Carlota!
(Aparte con sorpresa y alegría.)

CARL. ¿Qué ocurre? (Aparte sin entender.)

HORT. (Aparte á Carlota.) Calla. ¿Y qué tienes
(Alto á Rafael.)
tú que ver con esa historia?

RAFAEL. Como abogado defiendo
á dicha familia. Todas
las pruebas de ese negocio
las tengo aquí. (Por el bolsillo de la levita.)
Si se logra
averiguar dónde para
el sujeto, sin demora
se le alojará en la cárcel;
y su hacienda, mucha ó poca,
volverá á ser de quien era.
Ya ves si el asunto importa.

HORT. Es verdad; no lo descuides.

RAFAEL. He dejado una persona

en Madrid para que indague.
Tengo indicios, tengo notas
que han de servirle de guía
Pensé ponerlas en forma
inteligible, y mandarlas
hoy mismo; pero me roban
á tu lado voluntades,
energías y...

CARL. (Ofreciéndose.) Si es cosa
que puedes hacer en casa...

RAFAEL. Claro está, como disponga
de tinta, papel y pluma.

CARL. No en esta sala, (Por la de la izquierda.)
(Indicando más adentro.) en la otra,
hay todo lo necesario
para escribir.

RAFAEL. (A Carlota.) Pues me ahorras...
Aprovecharé el momento. (Aparte.)

HORT. No tardes. (A Rafael.)

RAFAEL. Un cuarto de hora.
Yo veré si mis sospechas (Aparte.)
son realidades ó sombras. (Vase.)

ESCENA III

HORTENSIA y CARLOTA

HORT. ¡Carlota! (Con mucha alegría.)

CARL. (Con sorpresa.) ¿A qué esa alegría?

HORT. A que por lo menos toma
mi desdicha otro carácter.
Un enemigo que estorba;
el más importante acaso
se detiene ante la obra
de lo imprevisto. El sujeto
á quien con pruebas notorias
Rafael persigue; Enrique
de Orduña, ese hombre que goza
una fortuna usurpada,
es el Barón.

CARL. De esa historia

me hablaste, pero no entiendo
qué ventajas nos reporta.

HORT. ¿Pues no? Con armas iguales
luchamos ya. Venga ahora
á revelar mi secreto;
yo le taparé la boca
con decirle que dependen
su libertad y su honra
de la conducta que siga,
pues hablo si me provoca.

CARL. ¡Oh! Bien dices.

HORT. Pero es fuerza
que él se entere y no hallo forma;
porque si se me adelanta,
¿de qué vale ni qué importa,
ya perdido su cariño, (Por Rafael.)
que yo estos hechos conozca?

CARL. Como ha de venir á verte
hoy mismo, por si se logra,
según expresa en la carta,
su empeño, te proporciona
la ocasión que necesitas
para contarle esa historia.

HORT. Yo no pienso recibirle.

CARL. ¿También eso temes? ¡Tonta!
Mas tu escrúpulo respeto;
y por destruir la obra
en la que tomé gran parte,
causándote estas congojas
mi protección decidida
al Barón, me presto ahora
á servir de mensajera.

HORT. ¡Quita! ¿Tú buscarle? ¡Loca!
Siempre eliges los caminos
que comprometen.

CARL. No es cosa..
¿Si está Rafael en casa,
puede verme?.. Reflexiona.

HORT. Pero, ¿cómo, si no sabes
dónde vive?

CARL. ¿Acaso ignoras
que con él hablé? Pues todo

me lo dijo: calle y fonda.

HORT. Se ha de pensar con sosiego.

CARL. Bien mirado, por ahora
no hay peligro. Su amenaza
no pondrá el Barón por obra,
mientras de tí no reciba
una negativa en forma.
De modo que no hay cuidado.

HORT. (Con tristeza.)
No hay éste, que otros me sobran.

CARL. Es verdad. Mas díme, Hortensia:
¿cómo el tronera que en moda
estuvo por sus locuras,
Rafael, el que aún se nombra
con espanto entre las gentes
tímidas, pasión tan honda
concibió por tí? ¿Qué hiciste
para atraerle? Y tú, loca
con su amor, ¿cómo del mundo
no burlaste la lisonja?
Es cosa que no comprendo.

HORT. ¿Á qué recordar historias
de venturas imposibles?
Me vió; parecíle hermosa.
Yo le amé con toda el alma.
Mi madre y otras personas
me hicieron ver por desdicha
sus costumbres licenciosas,
y practiqué su consejo.
Renuncié, pues, á la boda
que él me ofrecía, hasta tanto
que con su conducta honrosa
me mereciese. Él á poco
partió á América. Las sombras
del averno me cegaron
cuando, privada de toda
defensa, muerta mi madre,
hube de salvarme sola
en los naufragios del mundo.
Vime débil. La reforma
de Rafael parecía
un imposible. Espantosa

la miseria, con su estrago
me amenazó á toda hora.
De Rafael ni una carta
recibí. Cual tantas otras
ví desoídos mis ruegos.
Negáronme la limosna
que no fuera el precio infame
del oprobio. La deshonra,
en mi fatal desvarío,
juzgué menos bochornosa
que la escaséz. ¿Qué más quieres
que te diga de esta historia?
Colmada está de desgracias
que hoy de su cáliz rebosan.
La reforma de ese hombre (Por Rafael.)
viene á aumentarlas Mas nota
que de haberle yo esperado,
él siguiera siendo escoria
ó miseria de este mundo.
Así los azares obran:
se logran, si son desgracias;
si son dichas, no se logran.

ESCENA IV

DICHAS y CRIADO 2.°, que entrega una tarjeta.

CARL. ¿Quién podrá ser? (Tomando la tarjeta.)
¡Calle! (Con sorpresa después de leer.)
(Entregando la tarjeta á Hortensia.) Mira.
HORT. ¡Cómo! ¡El Barón! (Con temor.)
CARL. En persona.
Conque hazle entrar y le dices...
HORT. ¿Aquí? ¡Imposible! ¡Si asoma
Rafael... Dí que he salido; (Al Criado.)
que tampoco la señora (Por Carlota)
está en la casa.
CARL. (Á Hortensia por Rafael.)
No es fácil
desde esa pieza que oiga.
(Por la de la izquierda.)

CRIA. 2.° Yo lo siento, mas le he dicho
que sí estaba usted, (Por Hortensia.)
y ahora...

HORT. Díle que me encuentro enferma
y descansando. (Vase el Criado.)

CARL. ¡Miedosa!
Me coloco en este sitio.
(Por la puerta de la izquierda.)
¿Que su trabajo abandona? (Por Rafael.)
Os lo anuncio Antes que llegue
el Barón la puerta toma,
y aquí no ha pasado nada..

HORT. Ó resistiéndose á toda
reflexión, salir no quiere.

CARL. ¡Es que el miedo no razona!
¿No le tienes amarrado
á tu voluntad ahora?

HORT. Eso es verdad.

CARL. Pues entonces...

HORT. Sin embargo...

CRIA. 2.° Que no hay forma
de convencerle. Me dijo
que es asunto que le importa
y que evitará disgustos
tal vez para la señora.

CARL. ¿Ves? Te amenaza. Le escribe, (Por Rafael.)
ó le visita y malogra...
Díle que pase. (Al Criado que se retira.)

HORT. ¡Yo tiemblo!

CARL. Ven. (Haciéndola ir á la puerta de la izquierda.)
Ni siquiera lo nota. (Por Rafael.)
¡Calla! ¿Termina? (Observando á Rafael.)

HORT. (Con sobresalto.) ¿Qué ocurre?

CARL. Aún no lo sé. Rafael toma
un sobre; cierra una carta;
la da á un criado, y ahora
le recomienda el silencio;
le da dinero. ¡Qué cosa
tan extraña! Ya respiro:
vuelve á la tarea. Hojas
y papeles examina.
No hay cuidado. Á tí te toca. (Á Hortensia.)

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

HORTENSIA y el BARÓN

BARON. ¿Estaba usted indispuesta? (Con ironía.)
HORT. Perdóneme usted: no tengo
humor para nada.
BARON. Vengo...
HORT. Sin duda por la respuesta.
(Indicándole que se siente.)
BARON. Que según lo que decida, (Sentándose.)
distinto camino traza.
Hortensia, con su cachaza
me está amargando la vida.
No puedo sufrir contrito...
y algo sé que compromete...
HORT. Ya lo dice en el billete. (Interrumpiéndole.)
BARON. Pues ahora se lo repito.
HORT. Como no tengo interés (Después de una pausa.)
en que riñamos, espero
que me escuche el caballero,
y que decida después.
Amo á un hombre.
BARON. (Con indiferencia) Lo he sabido.
Puede usté ahorrarse la historia,
Tal se grabó en mi memoria,
que me la sé de corrido.
Una pasión ideal,
que no entiendo, lo confieso;
pues para mí todo eso
es música celestial.
Conque el relato es ocioso.
Para acabar cuanto antes:
tuvo usted muchos amantes,
y quiere tener esposo.
HORT. ¡Señor Barón! (Con indignación.)
Es verdad;
(Con amarga resignación al hacer el Barón un movimiento de indiferencia.)

lo que me indica sospecho:
no me asiste ni aun derecho
para tener dignidad.
De autoridad no dispongo.

BARON. No quise agraviar. (Con afectada cortesía.)

HORT. (Con ironía.) ¡Oh, no!

BARON. Si á que usted se case, yo
(Con acento de burla.)
ni resisto ni me opongo.

HORT. Está bien; ya lo entendí;
(Con enojo creciente.)
la frase no es de buen gusto,
y no me parece justo
que se me maltrate así;
con buen ó mal proceder,
haya ó no que echarme en cara,
porque á lo menos me ampara
(Con mucha dignidad.)
mi condición de mujer.
Condición tan respetable,
por ser débil, que es mentira
que á nadie desprecio inspira
si no es á un sér miserable.

BARON. ¡Hortensia! (Creyéndose ofendido.)

HORT. (Conteniéndose.) Yo no lo digo
por ofenderle, al contrario;
es más; juzgo necesario
tener á usted por amigo.

BARON. ¿Amigo sólo? (Con intención.)

HORT. (Contrariada.) Barón,
escuche usted.

BARON. No haga acopio
de razones: amor propio
fijó mi resolución,
y suceda lo que quiera
es forzoso que esto acabe.
Ó usted cede ó él lo sabe. (Con resolución.)

HORT. Piénselo bien, que pudiera...

BARON. ¿Amenaza usted? (Sorprendido.)

HORT. No trato...

BARON. Lo parece, á mi juicio.

HORT. (Con humildad.)

Quiero deber le un servicio
y no imponerle un mandato.

BARON. ¿Mandato?

HORT. Será un error,
pero presumo...

BARON. (No creyendo.) Es un sueño.
Yo persisto en el empeño.
¿Cede used? (Con resolución.)

HORT. (Con mucha tranquilidad.)
Pues no señor.

BARON. Entonces, á su dobléz
(Muy contrariado y levantándose para salir.)
debe usted la penitencia.

HORT. (Con mucha calma y deteniéndole.)
Un poquito de paciencia,
y siéntese usté otra vez.

BARON. ¿Por qué? (Sin comprender.)

HORT. Porque le he de hablar,
y aun despertar su memoria. (Con intención.)
Supe hace poco una historia,
y se la quiero contar.

BARON. ¿Una historia? ¿Y á mí, qué?...
(Algo aturdido.)

HORT. Acaso le mortifique.
Se refiere á un tal Enrique
(Con mucha intención.)
de Orduña.

BARON. (Con gran sorpresa.) ¿Qué dice usté?

HORT. Ello es que le andan buscando,
(Aparentando no advertir la sorpresa del Barón.)
con pruebas irrecusables,
por no sé qué hechos culpables
que realizó, y en llegando
á dar con él... (y cualquiera
puede hacer que se le cobre)
me lo dejan hecho un pobre,
y enjaulado como fiera.
Defensor es Rafael
del agraviado, y sostiene
que todas las pruebas tiene.
Yo conozco quién es él. (Con intención.)

BARON. ¿Y acaso la ruín canalla,

(*Aparentando tranquilidad.*)
tiene trato ó conexión
conmigo?

HORT. (*Abordando la cuestión.*) Señor Barón,
yo me callo, si usted calla.
Medite con su conciencia
si le conviene; que sí
le conviene, más que á mi
ocultar mi delincuencia.
Pues bien claramente asalta
á la razón más obscura,
y en usted se me figura
no es exigua, que mi falta,
aunque de angustia me llena
y en el alma me fatiga,
por la ley no se castiga,
mas la de usted se condena.

BARON. ¿La mía? (*Queriendo rechazar la afirmación.*)

HORT. (*Persuadiéndole.*) ¿Negar? ¿Á qué?
Ningún secreto tenemos.
Ya los dos nos conocemos:
usté á mí como yo á usté.

BARON. (*Ap. con enojo.*) ¡Coincidencia inoportuna!
Es necesario evitar
que me lleguen á privar
de libertad, de fortuna.
Hortensia... (*Saludando para retirarse.*)

HORT. (*Con cortesía.*) ¿Se marcha usté?

BARON. Me parece... (*Con ironía.*)

HORT. De manera...

BARON. Que será lo que usted quiera.

HORT. Muchas gracias. (*Con afectada gratitud.*)

BARON. (*Con ironía.*) No hay por qué.
Hay que pensar en seguida... (*Aparte.*)

HORT. Señor Barón... (*Despidiéndole.*)

BARON. (*Aparte.*) ¡Por mi nombre!
Fuerza es matar á ese hombre (*Por Rafael.*)
aun arriesgando la vida. (*Vase.*)

ESCENA VI

HORTENSIA y CARLOTA

HORT. ¿Escuchaste?
CARL. Ya lo creo.
Va con las orejas gachas,
y es seguro que no vuelve.
HORT. ¿Y mi Rafael?
CARL. En Babia.
HORT. ¡Ah! no te burles. (Con inocente disgusto.)
CARL. (Con afectado arrepentimiento.) Perdona.
Y ahora medita con calma.
(Después de una breve pausa.)
¿Tú piensas pasar la vida
con suspiros y plegarias?
HORT. No entiendo.
CARL. Pues es muy fácil.
Ese, á pesar de su pasta, (Por Rafael.)
concluirá por enterarse,
ante la manía extraña
de contestar á sus ruegos
con excusas insensatas.
¿Se ha de resolver? pues pronto,
sin repulgos de empanada.
Por el vado ó por el puente,
ó te niegas ó te casas.
HORT. ¡Carlota! (Con espanto.)
CARL. (Remedándola.) ¡Jesús! ¡Qué ocurre!
¿Dije alguna cosa mala?
Yo busco tu conveniencia.
HORT. ¿A nadie quisiste? ¿Nada
ha despertado en tu pecho
esa sensación extraña,
cuyo encanto regenera
y purifica las almas?
CARL. No sé de eso.
HORT. Pero al menos
supondrás...
CARL. Ni una palabra.
HORT. Cuando se quiere se quieren

para el amante las galas
del honor. ¿Cómo podría
dar yo mi mano y por arras
de matrimonio una historia
de miserias y de infamias?
¡Oh! ¡Por Dios, no me avergüences!
¡Ya que no me entiendas, calla!

CARL. Bueno; será más bonito
contentarse con miradas.
¿No hay lazos que son el sueño
(Con mucha intención.)
de todos los que se aman?
Pues cásate ó no te cases;
mas resuelve.

HORT. (Aparte con mucha alegría.) ¡Qué esperanza!
¡Oh! ¡Si esto fuera posible!
¡qué mayor dicha! ¡Su esclava,
su compañera, su todo
fuera yo!

CARL. Mas ¿qué te pasa?

HORT. Ideas que se me ocurren
muy felices.

CARL. ¡A Dios gracias!

HORT. ¡Quiero verme muy hermosa!
(Aparte dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

CARL. ¡Oye! (Al ver que se marcha.)
En Leganés acaba.

ESCENA VII

CARLOTA

Dichosa yo, que no siento
ni he sentido esos amores.
De los cien adoradores
que con todo rendimiento
en obsequio á mi belleza,
su cariño me han brindado,
ni uno sólo me ha costado
un mal dolor de cabeza.

Son suertes ó condiciones,
y que me placen á fé;
que aunque no supe ni sé
lo que son esas pasiones,
y ello es mi dicha mayor,
si me causó desvarío,
sin amarle, su desvío, (Por Rafael.)
¡qué sufriera con amor!
¡El tal Rafael!... Confieso
que un momento al encontrarme
con él, soñé con vengarme;
mas no sirvo para eso.
Odio mi pecho no exhala;
la pasión no me enajena;
ni soy mala ni soy buena;
pero más buena que mala.
No he de aumentar su dolor; (Por Rafael.)
cúmplase por sí la ley,
ni quito ni pongo rey,
ni aun ayudo á mi señor.

ESCENA VIII

CARLOTA y RAFAEL

RAFAEL. ¿Estás sola?
CARL. Eso parece,
RAFAEL. ¿Y Hortensia?
CARL. Salió hace poco.
RAFAEL. ¿De la casa?
CARL. No.
RAFAEL. Creía...
CARL. A su habitación tan sólo.
Y tú, ¿acabaste el trabajo?
RAFAEL. Se acabó por fin.
CARL. Fué pronto.
Eran cartas por lo visto. (Con intención.)
RAFAEL. ¿Por lo visto? (Con estrañeza.) Hubo de todo.
Luego observaste... ¡Curiosa!
CARL. No fué observar; pero como
al pasar por esa puerta

(Por la de la izquierda.)
te ví hablando con el mozo
de comedor, y entregarle
con ademán misterioso
una carta, me detuve,
y advertí la forma y modo...
y que le dabas dinero.

RAFAEL. Es verdad; cuando dispongo
de gente que á mi servicio
no se halla...

CARL. Si era el negocio
importante, fué acertado.
Bueno es prevenirse

RAFAEL. Noto
en tí, así, como deseo
por conocer...

CARL. ¡Malicioso!
Como hemos de hablar de algo,
hablaba sin saber cómo
ni por qué; pero te encuentro
reservado, y ya no toco
cuestión alguna: me marcho.

RAFAEL. Y eso ¿por qué?

CARL. Porque estorbo.

RAFAEL. Nunca, no.

CARL. Cuando se halla
el hombre tan caviloso
como tú estás, lo prudente
es dejarle quieto y solo.
Además, otros asuntos...

RAFAEL. Si es esto, ya no me opongo. (Vase Carlota.)

ESCENA IX

RAFAEL

¿Acudirá? Lo probable
es que á lo menos curioso
por saber de qué se trata
acuda. ¡Qué de trastornos
se operan en mi cerebro!

¡Cuántos temores me forjo;
los más de ellos imposibles!
Pero aunque aclarar no logro
mis sospechas, estas dudas
tienen verdad en su fondo,
que averiguo y desvanezco
por siempre, ó me vuelvo loco. (Pausa.)
Si él fuera su amante, ella
me dejara, y sin estorbo
respondiera á su cariño.
Esto es verdad; pero ¿cómo
empeñada la promesa
de ser mía, sin rebozo
ha de confesar su olvido
de aquellos antiguos votos?
Espera á que yo, cansado (Convencido.)
de luchar, renuncíe á todo
y la abandone. Con esto
se evitaría el bochorno
de confesar. Pero entonces
es que no hay forma ni modo
de distinguir de lo falso
lo verdadero: yo noto
sincero amor, pasión loca,
no en los labios, en su rostro;
que las palabras es fácil
que engañen, mas no los ojos.
Cuando la miro no quedan
sospechas, dudas ni asomo
de recelos en el alma
que humilde á sus plantas postro.
Algo existe que no acierto;
algún compromiso... ¡Loco! (Desmayando.)
¿Á qué discurres? ¿Acaso
es tan fácil en el fondo
del pensamiento las huellas
entrever, ni aun los despojos
de la verdad? Imposible.
En las mujeres, ocioso:
jamás en ellas el alma
se manifiesta del todo.

ESCENA X

RAFAEL y HORTENSIA, vestida con exagerada elegancia.

RAFAEL. Ella es. (Con alegría al verla.)
Está que cautiva.
(Aparte. Asombrado de su hermosura.)
Pero ese extraño atavío...
(Con extrañeza por el traje.)
HORT. ¿Qué te pasa, Rafael mio? (Con mucho cariño.)
RAFAEL. Te encuentro algo llamativa.
HORT. ¿No te gusto? (Con sorpresa y enojo.)
RAFAEL. Mucho, sí.
Mas tú que belleza exhalas,
no has menester esas galas
para deleitarme á mí.
HORT. Como en casa todo el día
has de pasar, he pensado
que sería de tu agrado.
¡Necia yo que esto creía,
y me censuras y todo! (Con disgusto.)
RAFAEL. ¡Bah! No seas rencorosa. (Con cariño.)
HORT. ¡Pues á ver!...
RAFAEL. Tú eres hermosa
(Persuadiéndola.)
vestida de cualquier modo.
No consiento, ni hay motivo...
(Al ver que Hortensia va á argüir.)
HORT. Si te agrado...
RAFAEL. Con exceso.
HORT. ¿Y por qué dijiste eso?
RAFAEL. Porque yo no te concibo
con lazos verdes ó rojos.
Será quizá una rareza;
pero admiro tu belleza
en lo hermoso de tus ojos,
sin meterme á discurrir
ni aventurarme á pensar
cómo te debes peinar
ni cómo debes vestir.

HORT. A tener la convicción (*Aparentando tristeza.*)
de que no mientes, no fuera
mi esperanza una quimera.
RAFAEL. ¿Dudas de mí?
HORT. Con razón,
á la que hay que someterse,
ó sufrir un desencanto.
¡Has corrido tanto, tanto!...
RAFAEL. Pues tiempo es de detenerse.
(*Con naturalidad.*)
No ha de causarme desvelos
ni contratiempo profundo.
¿He corrido por el mundo?
Pues me detengo en los cielos. (*Por ella.*)
HORT. Acostumbrado á vivir
(*Después de una breve pausa.*)
en libertad tan completa,
al ver esclava y sujeta
tu facultad de sentir,
por leyes, que son fatales
para un carácter violento,
¿no dará tu pensamiento
como indicios ó señales,
en su delirio infinito,
de tu antigua condición?
Dicen que la privación
es causa del apetito.
RAFAEL. Yo juro...
HORT. Será verdad.
Pero si algún medio hubiera
(*Con pasión creciente.*)
de que el afecto siguiera,
sin perder más libertad
que la que quita el abrazo
que amante en sueños te ciño,
sin más lazos que el cariño
que es el verdadero lazo.
Si esto que en la mente mía
como imposible supone,
porque el hábito dispone
de otra suerte, fuese un día
lo justo y lo permitido,

entonces estos empeños
fueran sombras, fueran sueños,
diéranse al punto al olvido;
pues dijera la razón,
contra esta duda que hiere,
me quiere... porque me quiere,
que no por obligación.

RAFAEL. ¿No otros lazos que el supremo
(No atreviéndose á entender.)
amor te dieran la paz?
Díme: ¿fueras tú capáz
de aventurarte á ese extremo?
¿Es que me amas de tal suerte?

HORT. ¡Rafael! (Con abandono.)

RAFAEL. ¿Es que no pones
á tu afecto condiciones?

HORT. Yo no sé qué responderte. (Como aturdida.

RAFAEL. ¡Oh! No vaciles, acaba;
ni temas ni te arrepientas
por decirme lo que sientas.

HORT. Rafael, yo soy tu esclava.
(Con mucho abandono.)

RAFAEL. Por dicha no es tu señor
(Apartándose de ella con temor.)
temerario ni exigente

HORT. ¿Por qué ceñuda la frente? (Reponiéndose.)
Agraviar puede el amor,
¿ó qué deducción maldita
de mis palabras hiciste?
Mírame; pero no triste. (Acercándose á él.)

RAFAEL. Retírate, Hortensia, quita.
(Apartándola dulcemente.)
De tal modo es tu belleza
que todo el amor apura:
si te acercas, es locura;
si te retiras, pureza.

HORT. ¿Tanto me amas?

RAFAEL. Con exceso.

HORT. ¡Rafael! (Acercándose á él con pasión.)

RAFAEL. (Vacilando.) Mas por favor...
Que aun con ser tanto mi amor
que llega hasta el embeleso,

de mi vida de villano
algo se cobija aquí: (Por el corazón.)
hay dos afectos en mí;
el divino y el humano.

HORT. ¡Oh! (Con esperanza.)

RAFAEL. ¿Vencedor el primero
ha de ser? Pues de esa suerte
no te me rindas inerte
por lo mucho que te quiero.
No me muestres tu hermosura.
Piensa tú lo que yo hiciera
con el que aleve pusiera
sobre ti su mano impura.
No halla la mente castigo;
fuera duro, inexorable.
Pues juzga tú yo culpable,
lo que yo hiciera conmigo.
(Con gran resolución.)

HORT. ¡Oh, soñado porvenir! (Aparte con amargua.)

RAFAEL. Y, Hortensia, pues sin razón (Con decisión.)
toleré la condición
de esperar sin insistir;
ya que tú á olvidarlo llegas,
tratando de estos extremos,
sé generosa y hablemos
de la dicha que me niegas.
Vé que con razón arguyo;
pues con todo mi albedrío,
me canso de ser tan mío,
porque quiero ser más tuyo.

HORT. ¡Oh! (Con desconsuelo.)

RAFAEL. Ya doblegas la frente,
(Con creciente disgusto.)
y suspiras y hasta lloras.
¿Tú no comprendes, tú ignoras,
que en mi carácter vehemente,
al entender, al soñar
que va la dicha á lucir,
es preferible morir
á esperar por esperar?
Nada lo impide.

HORT. (Contrariada.) Según...

RAFAEL. No lo entiendo, lo confieso.
(Con mucho despecho.)
¿Qué te detiene?
HORT. Que eso
es un imposible aún.
RAFAEL. ¿Por qué?
HORT. Porque fuera ocioso...
RAFAEL. No; porque un hombre te obliga,
(Con creciente exaltación.)
dígase lo que se diga,
con su afecto cariñoso,
con palabras ó con preces,
con promesas ó interés.
Importa poco lo que es;
el caso es que le obedeces.
HORT. ¡Un hombre! (Con asombro.)
RAFAEL. Finges en vano.
Ya está clara la cuestión.
HORT. Mas ¿qué dices?
RAFAEL. Que el Barón
es tu amante ó tu tirano.
HORT. ¿Tal supones?
RAFAEL. Y es así.
Más mi empeño no destruyes.
¿En mi presencia le huyes?
Pues yo le he citado aquí.
HORT. ¡Cómo! ¡Aquí! (Con espanto.)
RAFAEL. Seré imprudente;
éste, un caso extraordinario;
pero me era necesario
contemplaros frente á frente.
HORT. ¡Jesús!
RAFAEL. Veremos ahora
puesto en esta situación,
si al oir tu explicación
se rebela y acalora;
lanza el veneno cruel;
llega á ofenderte ó á herirte...
HORT. ¡Oh, Dios!
RAFAEL. (Con mucha energía.) Y excuso decirte
lo que voy á hacer con él.
HORT. Repara... (Suplicante.)

RAFAEL. (Con ironía.) ¿Á qué te previenes?
HORT. Rafael, no me prevengo;
pero es que fuerzas no tengo...
RAFAEL. Ya le ves. Aquí le tienes.
(Por el Barón que aparece en el foro.)
HORT. ¡Oh! ¡Qué violencia!
RAFAEL. Por Dios
que más justa te creí.
¿Hay violencia para mí?
Háyala para los dos.

ESCENA XI

DICHOS y el BARÓN

BARON. (Ap.) Pretexto me proporciona
y con causa ó sin razón,
provocaré una cuestión.
(Alto.) Yo busco aquí una persona...
BAFAEL. Yo soy.
BARON. ¿Usted? (Con enojo.)
(Como dominándose.) Caballero,
yo no sé con qué motivo
esta citación recibo.
Entre usté y yo considero
no existen, por vida mía,
trató, amistades, ni pacto,
y me parece este acto
contrario á la cortesía.
RAFAEL. (Con ironía.) Mi inexperiencia perdone.
BARON. El que busca en conclusión
que esté á su disposición,
es que á la mia se pone.
RAFAEL. Pues por eso estoy aquí;
mas si ese carácter usa...
BARON. No admito enmienda ni excusa.
RAFAEL. ¿Usted me conoce?
BARON. Sí.
RAFAEL. ¿Y me odia usted?
BARON. Como un loco.
RAFAEL. Pues alto: la cuestión clara:

antes de que usted me odiara
le aborrecía y no poco.
Mi rencor era oportuno,
más que el que tanto avalora;
mas ahora... lo que es ahora,
no le tengo á usted ninguno.
Al verle, mi angustia mengua;
vuelvo á vivir, á soñar.
Pues por eso al empezar
no le he arrancado la lengua.

BARON. ¡Cómo! (Con furor y sorpresa.)

RAFAEL. En lugar preferente
le juzgué, por un error,
y me muestra ese rigor,
que le hizo ser imprudente;
que si su amor obtuviera (Por Hortensia.)
ó sus favores lograra,
ni tan loco me agraviara,
ni tanto me aborreciera.
Pues ¿provocarme? Eso no;
si no se procede así,
se burlaría de mí
como ahora me burlo yo.

BARON. ¿Usted burlarse? ¡Por Dios! (Con desprecio.)
En fin, lo más importante
es que con esto hay bastante
para matarnos los dos.

HORT. ¡Jesús! (Interponiéndose.)

RAFAEL. (Intentando dirigirse á la puerta.)
Me parece justo.

HORT. ¡Oh, tú no sales de aquí! (Deteniéndole.)

RAFAEL. Pero ¿qué piensas de mí?
(A Hortensia con enojo.)
¿Qué significa ese susto?
¿Es que le juzgas más diestro?
La destreza en el salón;
en el campo el corazón:
á más bravo más maestro.

HORT. (Aparte con desesperación.)
¡Trata de matarle, y lucho!...
¡Barón! (Alto con acento amenazador.)

BARON. ¿Qué va usted á decir?

(A Hortensia con resolucion.)
¿Que usted lo puede impedir?
Pues hable, que ya le escucho.
Mas medite, por si es dable
que así lo mejor acuerde,
que el primero que se pierde
es el primero que hable.

HORT. ¡Oh, Dios! (Con desesperación.)

RAFAEL. (Por las palabras del Barón.)
¿Qué es esto? ¿Qué fué?
¿Qué misterio?... ¡Pronto!
(Pidiendo al Barón que lo explique.)

BARON. No;
porque ahora me burlo yo,
como se burlaba usted.

RAFAEL. ¿De mí? (Con furor.)

BARON. No espere que hable;
á mansalva puedo herirle.
No me canso de decirle
que es usted un miserable.
Que en el lance que pactamos,
á pesar de ese valor,
no merece usté ese honor.

RAFAEL. ¡Y esto escucho! ¡Vamos! ¡vamos!

BARON. Yo sin testigos no afronto
como un bandido...

RAFAEL. (Con mucho furor.) ¡Cobarde!
¡Para morir lo más tarde,
para agraviar lo más pronto!

BARON. Día sabrá usted después,
y sitio y hora.

RAFAEL. (Fuera de sí.) Al momento:
el sitio, en este aposento;
y la hora, en esta que es.
No hay que perder un instante
cuando hay insultos cercanos.
¿Faltan armas? Pues las manos;
con ellas tengo bastante.

BARON. ¿Está usted loco?
(Con dignidad, dirigiéndose á la puerta.)

RAFAEL. (Con desesperación tratando de desasirse de Hortensia, que le detiene.) ¡Se va!

HORT. ¡Detente!
RAFAEL. ¡Quita!
BARON. ¡Insensato! (Vase.)

ESCENA XII

DICHOS, menos el BARÓN

RAFAEL. Si en el acto no le mato,
no le podré matar ya;
porque yo mismo destruyo
los oídos que escucharon, (Por los suyos.)
y los labios que callaron
y los brazos que le huyo.
¡Y me evitas el placer
de que al hallarle. en castigo
le ahoguen mis manos! Te digo
que esto ya no puede ser-
HORT. ¡Oye! (Suplicante.)
RAFAEL. Tu empeño me insulta.
Si vuelvo, vuelvo exprofeso
para que me digas eso
que en el misterio se oculta.
Si es fuerza que se resuelva...
HORT. ¡Por Dios!
RAFAEL. Si vuelvo contigo.
HORT. ¡Oh! ¡Detente!
RAFAEL. (Desasiéndose.) Suelta, digo,
y pide á Dios que no vuelva. (Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

CARLOTA

¡Buena la hemos hecho; buena!
Pasábamos nuestra vida,
hace poco, rodeadas
de la más franca alegría,
sin pensar en el pasado,
ni darnos pena maldita
el porvenir. ¡Quién temiera
mudanza tan repentina!
Pero desde que ha venido
Rafael, nos cayó encima
la maldición. No hay paciencia
humana que nos resista.
Unos que gruñen ó rabian,
otros que lloran ó chillan.
¡Y lo que es Hortensia!... El susto
no se me va tan aprisa.
¡Como que entraba en su cuarto
cuando la encontré tendida
y sin aliento! Una droga
que tomó. ¡Gran medicina

para curarse los males!
Entretanto, él en la pista
de misteriosas sospechas
que aclarará; un duelo encima...
Que la cuerda se atiranta;
que las cosas se complican,
y este estado no me deja
vivir ni dormir tranquila.
La noche ha sido penosa
de verdad. Si no se avisa
tan á tiempo, de seguro
hoy ya no existe. ¡Qué niña!
Y yo pregunto: ¿á qué viene
la que nació para mística
al desenfreno del siglo?
¡Pues digo el otro! Ni chista.
Encerrado en el profundo
arcano de su malicia,
pesa y pulsa las palabras,
los efectos escudriña...
¡Y eso que le ha contenido
el encontrarla sin vida
cuando regresó á esta casa
después de su tentativa
inútil de dar alcance
al otro! Intención traía,
por lo que Hortensia me dijo,
al poner en mi noticia
lo ocurrido en esta casa,
de descifrar el enigma.
Y ella obligada á oponerse,
y él cegado por la ira,
á persistir... ¡Que se arma,
como dicen en política,
la gorda! Ya está de vuelta.
(Mirando por el foro.)
Lo menos cuatro visitas
nos hizo, de un cuarto de hora
la que más. Esta es la quinta.
Tantas salidas y entradas,
me dan malísima espina.

ESCENA II

CARLOTA y RAFAEL

RAFAEL. ¿Hay alguna novedad?
CARL. ¡Oh, no! Deja ese cuidado:
el mal está conjurado.
RAFAEL. ¿No hay peligro?
CARL. No en verdad.
Así lo afirma el doctor.
¿Vas á entrar?
RAFAEL. (Con enojo.) De ningún modo.
CARL. ¡Si está levantada y todo!
RAFAEL. Cuando se encuentre mejor.
Lo que tengo que exigir;
lo que me ha de revelar,
es para mucho explicar
y para más discurrir.
Y no quiero que un vahido,
un desmayo, un accidente.
deje el asunto pendiente
que he de saber de corrido
y apurarlo hasta la hez,
sin tardanza, sin espera.
O puñalada certera,
ó el veneno de una vez.
CARL. Si tus penas explicaras
ó pretendieras razones,
puede ser que estas cuestiones
cesasen.
RAFAEL. (Con recelo.) ¿Tú revelarás?...
CARL. Verdades reconocidas,
indudables.
RAFAEL (Con desconfianza.) Puede ser.
Pero verdad y mujer,
son cosas que están reñidas.
CARL. Gracias. (Con ironía.)
RAFAEL. Descortés he sido;
pero un loco no merece...
CARL ¿Loco? Pues eso parece

dicho con muy buen sentido.
Vamos, recobra la calma.
(A un movimiento de dolor que hace Rafael.)
No imaginas lo que siento
verte triste, macilento.

RAFAEL. Es que está rendida el alma
y asoman al exterior,
con apariencias fatales,
los síntomas ó señales
de esta falta de vigor.
Es que entorpece y asombra,
y descompone y altera,
una herida traicionera
ó una amenaza en la sombra.
Que ando á ciegas, y presiente
la mente vanos antojos,
porque la luz de mis ojos
se ha refugiado en la mente.
Y sueño ver, y reniego,
y el engaño me contrista.
¡Ay, si recobro la vista!
Alguno se queda ciego.

CARL. Mas cuando esa torpe guerra
es mentira á mi entender,
y cuando uno puede ver
sino que los ojos cierra,
y advierte un negro capúz
donde hay claridad y brillo,
el remedio es muy sencillo;
con abrirlos á la luz...

RAFAEL. Si es ese tono el sincero (Con despecho.)
conque me quieres calmar...

CARL. ¿Qué?

RAFAEL. Te lo puedes guardar;
yo para nada le quiero.
Locura fué discurrir
en tu presencia.

CARL. (Con despecho.) ¡Me agrada!
¿Y por qué?

RAFAEL. Porque avezada
desde muy niña á fingir,
intentas mi desvarío

calmar con falsos consuelos.
Tú no sabes qué son celos;
tú ignoras lo que es desvío.

CARL. No es así; son desengaños (Con tristeza.)
bien dolorosos á fé;
y algunas veces pensé
si tus penas y tus daños,
juzgando que no es mentir
que todo aquí se compensa,
no serán la recompensa
de lo que has hecho sufrir.

RAFAEL. ¿Yo sufrir? (Sin entender.)

CARL. No es el momento
oportuno á mi entender;
mas pues te he de entretener,
te quiero contar un cuento. (Con intención.)

RAFAEL. Déjame. (Con disgusto.)

CARL. No es de manera
que te enojes ni disgustes.
¿Te lo cuento?

RAFAEL. (Con indiferencia.) Como gustes.

CARL. Pues érase que se era
una dama, una mujer,
una cualquiera en sustancia,
del torpe mundo juguete,
y un señor de alto copete,
que á pesar de su importancia,
dice la gente, y por Dios
fué verdad reconocida,
que en cuestión de mala vida
era igual la de los dos.
La fama de que era objeto
por tronera ó por mal bicho,
despertó en ella el capricho
de conocer al sujeto.
¡Conocimiento fatal!
Púsose dél en la pista,
y le atrajo á una entrevista,
pero le salió muy mal.
Ella juzgó muy graciosa
la presencia del doncel:
en cambio la de ella á él

le pareció poca cosa.
Y como jamás reparo
tuvo en decir su opinión,
pues cuenta la tradición
que se pasaba de claro,
aunque á la forma, de fijo,
no hubo cosa que oponer;
mas dejando comprender
aquello que no le dijo,
ella oyendo estupefacta,
él sin dudas ni omisiones,
de sus malas impresiones
dió á la joven cuenta exacta.
¡Y cualquiera se figura
el efecto de ese arrullo!
Ella fundaba su orgullo,
cual todas, en su hermosura;
y herida así de improviso
sintió tal indignación,
que aún no acierta su razón
si le quiso ó no le quiso.
Si el desprecio que con creces
le devolvió fué interés
ó fué aversión, ello es
que le maldijo cien veces.
Pero la enconada herida,
siempre abierta y en aumento,
fué el único sentimiento
que le atormentó en su vida.
Pasa un año, dos y tres,
y se da el demonio arte
para... La segunda parte
te la contaré después. (Vase.)

ESCENA III

RAFAEL

Es inútil; la adivino.
Se presenta entre mis dudas
con implacable firmeza,

con una verdad que asusta.
Hortensia me ama, lo veo
en sus llantos, en sus luchas.
¿Me ama y se niega á ser mía
para siempre? Sus angustias
ó explicación conocida
no tienen ó son resulta
de desdicha irreparable
que nuestro cariño anula.
De deshonra, de deshonra,
no por amor, por astucia.
El Barón la ha deshonrado;
estas ideas anublan
mi razón, y con firmeza
allá en el alma me punzan;
y se afirman en mi mente
en forma de armas agudas,
y sus heridas mortales
con sangre mi vista enturbian
y presentan á mis manos
algo que mis manos buscan.
¡Quiso matarse! (Por Hortensia.) La vida
á que airado se renuncia,
vale muy poco, muy poco;
menos que el tiempo que dura.
Pero una prueba, una prueba
de esta seducción astuta.
Una confesión que aclare
esta sospecha confusa
que encadena mi cerebro.
Eso busco, y las obscuras
visiones siguen compactas
á mi alrededor. No alumbra
ni el más mínimo destello
esta cárcel. (Por la frente.) Su negrura,
tan semejante á la muerte,
á la muerte me estimula.
¡Á la muerte! ¡Á la invariable
senda que la sombra enluta!
¡Marchar por el antro obscuro
que más hondo más se anubla,
y hallar por fin el descanso

al término de la ruta,
con más sombras, más tinieblas,
obscuridad más profunda! (Con espanto.)
¡Oh, no! Surjan las pasiones; (Con decisión.)
que se choquen, que se fundan
como eléctricas corrientes,
que se mezclan y se empujan,
y á sus esfuerzos gigantes
cielos y tierra se inundan
de resplandores, de incendios.
Y cuando las sombras huyan
sólo un instante, el preciso
para aclarar estas dudas,—
conocer estos misterios,—
cabar por siempre su tumba;
ya después, después eternas
sombras, tinieblas profundas.

ESCENA IV

RAFAEL y HORTENSIA, que al verle intenta retirarse.

RAFAEL. ¿Huyes de mí?
HORT. ¿Yo? No tal.
RAFAEL. ¡Siempre el engaño! ¡Por Cristo!
(Con enojo.)
No lo niegues; yo lo he visto.
Sólo que hiciste muy mal
si es que el temor en tí labra
por lo que habré de exigirte;
porque no pienso decirte
ni siquiera una palabra.
Estás enferma, los rayos
de tus ojos tristes son,
y acabara la cuestión
con congojas y desmayos.
Esto mi esfuerzo aniquila
y hace que ahora te respete.
Así, pues, quédate ó vete;
mas vete ó queda tranquila.
HORT. Te quisiera persuadir;

me espanta tu padecer.

RAFAEL. ¡Mas si yo no he de creer
lo que me vas á decir!
He de saber lo ocurrido,
pero no por confesiones,
leyendo tus impresiones
en tu rostro conmovido.
Y un semblante sin salud,
que la palidéz esmalta,
no expresa clara la falta
ni revela la virtud.

HORT. Si no quieres escuchar,
callaré.

RAFAEL. Será mejor.

HORT. Mas si en medio del furor
que te impide razonar,
y ante el que débil, no lucho,
un instante observas, mira,
todo en mí será mentira
menos que te quiero mucho.
(Movimiento de enojo en Rafael.)
No te irrites, no seas ciego.
¿Por qué airado el color mudas
de tu rostro? ¿Es que lo dudas?

RAFAEL. No lo dudo; no lo niego.
Pero me amas de tal suerte,
que con amor semejante
para sufrir hay bastante.
¿Qué es amar dándome muerte?
Dijérase que es rigor
ó maldad que no comprendo.
Habla, pues, porque no entiendo
de qué clase es este amor.
Mas ya me irrito notando (Con viveza.)
que vas tu objeto á lograr.
No te quería escuchar,
y hasta te estoy preguntando.
¡Curiosidad que maldigo!
Pero no te tranquilices,
pues ni escucho lo que dices,
ni me importa lo que digo.

HORT. El duelo con el Barón

ha de ser hoy. Yo me apeno
de que vayas al terreno
sin otorgarme perdón.

RAFAEL. ¡Perdón te he de conceder! (Con gran enojo.)

HORT. Disculpa en eso consiste. (Atemorizada.)

RAFAEL. Perdón primero dijiste, (Con furor.)
luego perdón ha de ser.
¿De qué falta ó qué delito?
No te asustes de esa suerte;
(Con viveza y contrariedad.)
no me hagas mirar la muerte
en tu semblante marchito.
No me pidas compasión;
no pongas mortal el gesto.
Te lo dije. No hables de esto.
No es esta buena ocasión.

HORT. ¡Ay de mí! (Con angustia.)

RAFAEL. Lugar habrá
para todo; que en conciencia
es muy larga la existencia.
¿Ó tu premura es quizá
porque temes que el Barón
me mate? Pues es dislate.
Teme, sí, que yo le mate;
ten de ello la convicción;
La vida echamos á juego,
y fuera el dudar ocioso:
él la pierde, que es dichoso;
no yo, que de ella reniego.

HORT. Pero atiende... (Insistiendo.)

RAFAEL. No seas terca.
Cállate. Que Dios me ampare,
y deja que me prepare,
porque el momento se acerca.
Es necesario ..

HORT. (Con amargura,) ¡Esperar
en este angustioso estado!

RAFAEL. Todo se hubiera evitado
si ayer le llego á alcanzar.
Sin otras tramitaciones (Con furor creciente.)
que las que el odio aconseja;
sin este espacio que deja

lugar á vacilaciones,
una mano por el talle,
otra mano por el cuello,
lo alzo en el aire y lo estrello
en las losas de la calle.
No pudo ser: los padrinos
me mandó. Ya fué forzoso.
He aceptado y es ocioso
pensar ahora en desatinos
de averiguar ó inquirir.
Déjame, pues, que en conciencia
medite... Con tu licencia. (Despidiéndose.)
Tardo un momento en salir.
(Vase por la derecha.)

ESCENA V

HORTENSIA

¡Imposible! Mas no espero.
Mi conciencia se alborota.
¡El padece! ¡Oh, no! ¡Carlota! (Llamando.)
Salir de esta angustia quiero.
¡Y en la ficción confiabas! (Á sí misma.)
¡Torpe idea! No hay unión
de cariño y de ficción.
Fuerza es resolver.
CARL. (Saliendo.) ¿Llamabas?

ESCENA VI

HORTENSIA y CARLOTA

HORT. Sí, Carlota Torpe he sido.
Como siempre, en el extremo
apuro se acepta y sigue
el peor de los consejos.
Eso hice; pero ya es fuerza
el oportuno remedio
aplicar. Por mí padece. (Por Rafael.)

Se revuelve en su cerebro
la horrible duda más fiera
que la conciencia del hecho.
¿Yo he cometido la falta?
Pague yo sola. Yo debo,
sér miserable, al olvido
dar esperanzas y sueños;
dejar de verle, ¡Dios santo!
(Con gran amargura.)
Pues bien, sí, de verle dejo.

CARL. ¿Piensas huír?

HORT. Desvarías.
Con huír no le defiendo
de sus dudas. Es forzoso
que conozca que el objeto
de su cariño merece
su maldición, su desprecio.

CARL. ¿Y piensas decir?... (Con sorpresa.)

HORT. Me falta
valor; mas decirlo debo:
acabarán sus dolores
al instante; en odio horrendo
se trocará su cariño;
me olvidará, ¡Dios eterno!
(Con mucha amargura)
¡Me olvidará!

CARL. Mira, Hortensia,
piénsalo bien. Sus recelos
aún desvanecer podrías.
No se encuentra tu cerebro
para pensar con cordura.
En este instante supremo
las más absurdas ideas
te parecen argumentos
invencibles; los mejores
entre todos los remedios.
Piénsalo bien y con calma.

HORT. No; si pensado lo tengo.
No es difícil el camino
elegir de más acierto.
Sólo hay uno entre los varios
que con tristeza contemplo,

que conduzca á mi desgracia
y á su ventura. Ese quiero.
A otra le fuera muy fácil
engañarle. Yo no puedo.
Ser su esposa, con el alma
lo aceptarian, viviendo
felices, otras mujeres,
que ocultaran su secreto
con la sonrisa más pura,
con los mayores extremos
de amor. Hallarán al paso,
sin angustias en el pecho,
á adoradores antiguos,
y con semblante sereno
soportaran la maligna
sonrisa, el impuro gesto,
como á hurtadillas lanzado
en mengua de su respeto.
¡Bien lo sé! ¡Si de esto hay mucho
en el mundo! Y yo me atrevo
á seguir esa conducta
como otras cien; al momento,
sin vacilación ni pena,
sin temores ni recelos.
Es un caso bien sencillo:
quitame el amor y puedo.

CARL. Pues bien, si estás decidida
de verdad, vamos á ello,
y cese esta incertidumbre.
¿Le llamo? (Por Rafael.)

HORT. Hablarle no puedo.
Lo he intentado muchas veces,
y hace muy pocos momentos
quise decir. . y no pude.
Al empezar, desfallezco.

CARL. Escríbele.

HORT. Me parece
que es mejor.

CARL. Menos molesto.
Pero aprisa; sin pensarlo.

HORT. ¡Por qué volvió! (Con pena al retirarse.)

CARL. Lo que es eso,

desde el instante en que vino
yo también lo estoy diciendo.

ESCENA VII

CARLOTA

Vuelve, torna, arriba, abajo. (Por Rafael.)
Paseos y más paseos;
y palmadas en la frente,
y mesarse los cabellos.
Esto, según mi manera,
se llama perder el tiempo
y dar importancia á cosas...
Pero, la verdad, me temo
que en llegando á su noticia
lo ocurrido, será horrendo
el efecto que le cause.
Los caracteres violentos
ó montados á la antigua,
son manojitos de nervios,
y se lanzan disparados
como por muelles de acero,
y cometen disparates
que destruyen el remedio
que han de tener estas cosas
miradas bajo otro aspecto.
¡Señor, será una desgracia;
mas consumados los hechos,
se aceptan buenos ó malos,
ó se transige con ellos,
y se busca la manera
de utilizarse del resto
que pueda ser provechoso!
Ella es hermosa; un portento.
Le quiere; pues ¿qué más quiere?
Si no con lazos de hierro,
únanse con ligadura
más sutil, y á lo hecho, pecho.
(Por Rafael.) Pero sale. Cabizbajo,
meditabundo... Le espero.

Sondeo sus intenciones;
si es preciso le prevengo
para que la nueva cause
menos extrago, y le dejo.

ESCENA VIII

CARLOTA y RAFAEL, que se dirige á la puerta del foro.

CARL. ¿Te marchas?
RAFAEL. (Deteniéndose) Es de razón.
Cerca la hora considero
del desafío, y no quiero
que se impaciente el Barón.
¿Y esa infelíz? (Con pena por Hortensia.)
CARL. Decidido
tiene decir la verdad.
Y te ruego en caridad
que á todo estés prevenido.
RAFAEL. ¿Yo prevenido? (Aparentando indiferencia.)
CARL. El momento
algo angustioso ha de ser,
porque al fin vas á saber
la otra parte de aquel cuento
que há poco te referí.
RAFAEL. No es de interés imagino,
pues hace tiempo adivino
lo que se oculta de mí.
Sí, ya conozco el veneno
que el corazón me destroza;
que aunque todo se reboza
se oculta sólo lo bueno.
CARL. Si lo sabes y no enfria
tu cariño, y con paciencia
soportas la penitencia,
mucho que me alegraría.
RAFAEL. ¡Mi cariño! (Con pena.)
CARL. No es razón
que se disipe por eso.
Que á un hombre de poco seso
suma en desesperación

un hecho como el presente,
aunque jamás lo he entendido;
por ser lance conocido
lo acepto como corriente
y sobre ello no discuto.
Es un caso de inocencia.
Mas que un hombre de experiencia,
seductor ó disoluto,
dé á tamañas tonterías
proporciones espantosas,
y se atormente por cosas
que se ven todos los días,
y juzgue hundido de pronto,
y por siempre su embeleso,
no lo admito, porque eso
no es inocente, que es tonto.

RAFAEL. ¡Qué me pasa, que no sé
(Aparte con desaliento.)
qué pensar ni discurrir!
¿Qué es lo que quieres decir? (Alto á Carlota.)

CARL. ¿Pues no lo sabes? ¿O fué
que apelabas al engaño
para que yo te dijera
la verdad de esta quimera?

RAFAEL. Es tu acento tan extraño,
(Con creciente exaltación.)
pienso en tanto desatino,
en tanto lance funesto
al verte mezclada en esto,
que todo lo que adivino,
y he juzgado lo mayor
en mi devaneo loco;
me figuro que es tan poco,
que no puede ser menor.
¿Quién te metió á persuadirme,
en el mal de que me quejo,
si por ser tuyo el consejo
se hace mi duda más firme
y más me extremezco y lucho?
Que ¿á quién causará extrañeza
que tratando de impureza
nada te parezca mucho?

CARL. Corriente, con no seguir (Con disgusto.)
se puede el daño evitar:
ya he terminado de hablar.
RAFAEL. Ahora lo vas á decir.
(Con resolución, al negarse Carlota.)
Y vé que á todo me atrevo
si á la resistencia acudes.
No te conmuevas, no dudes;
que no dirás nada nuevo.
Tus frases me harán saber
verdades que hoy me extremecen.
¿Confusas se me aparecen?
Pues claras las quiero ver.
Há un instante las temía;
era Hortensia la que hablaba,
y de su acento dudaba
y por falso le tenía.
Tú su amiga, tú mujer, (Con ironía.)
no has de apelar al engaño.
¿La verdad es hacer daño?
Pues claro que lo has de hacer.
Conque comienza á soltar
veneno, que yo soy duro;
y habla pronto ó te aseguro (Frenético.)
que nunca vuelves á hablar.
CARL. ¡Qué es esto! (Con espanto.)
RAFAEL. (Muy exaltado.) Que daños urden
mis pensamientos tiranos,
y se vienen á mis manos
las ideas que me aturden,
dándoles impulso fuerte.
Quien por ellas fuere asido, (Por sus manos.)
haga cuenta que ha caído
en las garras de la muerte.
CARL. ¡Oh, favor! (Con espanto.)
RAFAEL. Tu sobresalto,
tu temor, me hacen reir.
No temas, no te han de asir, (Por sus manos.)
que aunque me irrito y me exalto,
y no sé lo que me digo
y está el alma enloquecida,
sólo hay en riesgo una vida:

ésta que tanto maldigo. (Por la suya.)

ESCENA IX

DICHOS y HORTENSIA, con una carta

CARL. ¡Oh! (Amparándose de Hortensia.)
HORT. (Á Carlota.) ¿Qué es esto? ¿Qué te pasa?
CARL. Nada ya; mas te aseguro,
que me he visto en un apuro...
HORT. Vete de aquí. (A Carlota.)
CARL. Y aun de casa.
¡Le resistirá cualquiera (Por Rafael.)
cuando se entere del cuento!
HORT. Déjame sola.
CARL. Al momento.
¡Qué! ¡Si este hombre es una fiera!
(Aparte. Vase.)

ESCENA X

HORTENSIA y RAFAEL

RAFAEL. ¿Tiemblas? (Con intención.)
HORT. Turbada salí
porque tu acento coarta.
RAFAEL. ¿Para quién es esa carta?
(Por la que tiene Hortensia.)
HORT. ¿Esta carta? Para tí.
Fuerza es que tu afán concluya.
RAFAEL. ¿Y con ella?... (Por la carta.)
HORT. Conocida
ya la historia de mi vida,
decide.
RAFAEL. ¿La carta es tuya? (Hortensia afirma.)
Sin duda serán agravios
ó confesión delincuente,
lo que estando yo presente
no pueden decir tus labios.
HORT. Agravios ó confesión

de una falta, de un delito.
Mas por Dios, toma ese escrito
y ten de mí compasión.

RAFAEL. ¿Y leyendo he de saber?... (Tomando la carta.)

HORT. ¡Para qué fué el escribir!

RAFAEL. Pues lo tienes que decir,
porque no lo he de leer. (Rompiendo la carta.)

HORT. ¿Qué hiciste?

RAFAEL. Tu conmoción
ni la entiendo ni la admito:
la vergüenza en el delito;
pero no en la confesión.

HORT. ¿Y pretendes obligarme (Con espanto.)
á que te diga?...

RAFAEL. ¡Esto es bueno!
¡Vienes á darme el veneno
y temes envenenarme!

HORT. ¡Oh, no lo esperes!

RAFAEL. ¿Por qué?
¿Á qué sufrir pena tanta?
¿El decírmelo te espanta?
Pues hace tiempo lo sé.

HORT. ¿Que tú lo sabes? (Con asombro.)

RAFAEL. Sin duda.
Desde que ayer el Barón
habló de revelación.
Desde entonces terca y ruda
una idea me acompaña.
Vine á exponerla en seguida
cuando atentaste á tu vida
con resolución extraña,
que me ha obligado á esperar;
pero es fuerza concluir.
¿Ya lo puedes escribir?
Luego lo puedes hablar.

HORT. Si lo sabes, ¿por qué, terca,
tu curiosidad se advierte?

RAFAEL. (Con amargnra.)
Porque nadie cree en la muerte
aunque la tenga muy cerca.
Y pues debes comprender
lo que pienso y me horroriza,

mi espíritu tranquiliza:
muy fácil te puede ser.
Tanto que si en este aserto,
que adivinas sin oir,
me llegaras á decir
que lo que imagino es cierto,
la prueba clara, oportuna,
exigiré de mi daño.
Si me dices que me engaño,
ya no te pido ninguna.
¿Y aún callas? (Con asombro.)

HORT. (Con amargura.) ¡Qué voy á hacer!

RAFAEL. ¿Qué vas á hacer? A decir, (Con furor.)
ya que no quieres mentir,
que por torpe ó por mujer,
por flaqueza ú ocasión,
que á las infamias convida,
tu honor mataste y mi vida
entregándote al Barón.
Ya ves que sé la verdá;
que con calma la recibo;
que tú vives y yo vivo.
Él pronto no vivirá.

HORT. ¡Oh! (Con protesta.)

RAFAEL. (Interpretando mal) Pero no hagas alarde
de rubor que no conviene.
¡Condición que el sexo tiene:
siempre se avergüenza tarde!

HORT. ¿El Barón? ¡Ah, no! ¿Estás loco?

RAFAEL. ¿No es él? Error de sujeto;
mas queda el hecho concreto:
en esto no me equivoco.
Bien en tu rostro se advierte
tu vergüenza. Existe un hombre
que ha deshonrado tu nombre.
Díme quién es, y su muerte
á tu palabra va unida
sin que haya humana esperanza.

HORT. No pienses en mi venganza;
no arriesgues por mí la vida.
Te lo ruego.

RAFAEL. (Con desprecio.) ¿Por tí? No.

¿Qué vales ya para mí?
Si no es venganza por tí,
sino por saciarme yo.

HORT. ¡Ah! (Con des consuelo.)

RAFAEL. ¿Tu silencio persiste?
¿Así en el alma me hieres?
¿Es acaso que le quieres?
¿Es quizás que le quisiste?
¿Que olvidaste que sufría
yo por tu menguado amor,
y no entregaste tu honor
por una violencia impía,
sino por pasión quizás?
Pues, Hortensia, estás juzgada: (Con furor.)
te disculpase obligada;
pero amándole, jamás.

HORT. Sólo á tí. (Con pasión.)

RAFAEL. (Con ironía.) ¡Cariño extraño!

HORT. El mayor que tuvo un hombre.
(Con arrebato creciente.)
Por no deshonrar tu nombre
yo me acuso, yo me daño;
yo te pierdo, que es lo más
que puede mi alma perder:
me resigno á padecer
tu odio infinito quizás.
Mi cariño puro, santo,
se destruye de este modo:
yo soy cieno; yo soy lodo;
huye de mí con espanto.
Nada mis faltas abona,
ni mis delitos mitiga.
Odia, maldice, castiga,
ó compadece y perdona.

RAFAEL. ¡Cieno! (Con sorpresa.)

HORT. No te martirices;
no busques disculpa en mí.

RAFAEL. ¿Eres lodo, cieno?

HORT. (Con resolución.) Sí.

RAFAEL. Tú no sabes lo que dices,
(Queriendo desechar una idea.)
ó mi razón se alborota.

HORT. ¡Oh, que cese su tormento! (Aparte.)
Piensa, por Dios, un momento. (Alto.)
¿No es cieno y lodo Carlota?
RAFAEL. ¡Cómo! ¡Qué! ¡Lazos me tiende
ruín ensueño! ¿Tú á mis piés?
(Con espanto, viendo á Hortensia arrodillada.)
Lo imposible verdad es,
natural lo que sorprende,
ángeles con vil cinismo,
virtud y vicio en montón,
luz y sombra; ruín unión:
la gloria con el abismo.
HORT. ¡Óyeme!
RAFAEL. (Colérico.) ¿Justificar
acaso tu infamia quieres?
No lo intentes, no lo esperes.
HORT. ¡Escucha!
RAFAEL. (Tapándole la boca con las manos para que no hable.)
¡Si no has de hablar!
HORT. ¡Oh, señor! (Con angustia.)
RAFAEL. De evitar trato
que la cólera me venza,
al conocer la vergüenza
de tan odioso relato.
Calla. No hayas compasión.
Ni tu rostro descompuesto,
ni tu suplicante gesto
conmueven mi corazón.
No me ruegues de esa suerte;
si no te puedes quejar:
sólo te obligo á callar
y debiera darte muerte.
(Cae Hortensia delante del sofá. Rafael aparta las manos de su boca y al verla muerta exclama con espanto:)
¡Jesús! ¡Hortensia! ¡Qué es esto!
¡Qué hiciste, mano homicida!
¡Está sin vida! ¡Sin vida!
¡Acudid! ¡Socorro! ¡Presto!
¡Su rostro expresando horror
contra mí! Yo la dí muerte.

Mas fué el destino su suerte,
no en su daño, en su favor.
Ella mató mi esperanza,
Dios fué justo, no cruel,
y destruyó el desnivel
que existía en la balanza.
Ya está en el fiel imagino;
no se inclina, no se altera.
En un lado, la ramera;
en el otro, el asesino.

ESCENA XI

RAFAEL y el BARÓN

RAFAEL. ¡Oh! ¿Quién es?
(Poniéndose á los piés de Hortensia para ocultarla.)
BARON. Era preciso,
sin duda, para obligarle,
que aquí viniera á buscarle.
RAFAEL. No olvidé mi compromiso.
Sólo que al acaso plugo
protejer á usted de suerte,
que ando buscando la muerte
y le elijo por verdugo.
BARON. No sé qué quiere decir. (Sin entender.)
RAFAEL. Ni le hace falta imagino;
mas dé gracias al destino:
va usté á matar, no á morir.
Luzca, pues, su valentía.
Hiera tranquilo, sereno. (Vase el Barón.)
¡Adiós para siempre, cieno! (A Hortensia.)
¡Hasta pronto, Hortensia mía!
(Mirando al cielo.)

FIN DEL DRAMA

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos............	1	Sres. Larra y Gullón........	Todo.
Leonor I de Aragón............	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre................	1	Manuel Izquierdo........	»
Por un sombrero.........	1	J. Guijarro y F. Olona....	»
Clown....	3	José Fola..............	»
El molino del Cármen..........	3	José Fola..............	»
Lo sublime en lo vulgar.	3	José Echegaray..........	»
Mar y cielo...................	3	E. Gaspar y A. Guimara ..	»
Teresa...............	3	José Fola...............	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!.....................	1	Tomás Gómez..........	M.
Certámen nacional............	1	Perrin y Palacios........	L.
Despacho parroquial..........	1	Tomás Calamita.........	1|2 M.
El golpe de gracia............	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente.........	1	Cuevas.................	L.
Epílogo.....................	1	Rojas, Ruiz y San José ...	L. y M.
La cruz blanca.	1	Perrin y Palacios.	L.
La verdad desnuda........	1	Arniches y Cantó.........	L.
Pepa, Pepe y Pepín............	1	Rafael M. Liern..........	L.
Perder la pista................	1	Luis Larra..............	L.
Plan de estudios..............	1	Calixto Navarro..........	1|2 L.
Por España.................	1	Varas, Rojas y San José..	L. y
Quedarse in albis.	1	Rafael Taboada.........	M.
Timos conyngales.............	1	Luis Arnedo............	M.
El rey reina.........	2	M. E. Tormo y M. Nieto...	L. y M.
Nanón.....................	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval........	2	Casademunt y Strauss,....	L. y M.
Sustos y enredos..............	3	Juan García Catalá.......	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.